

# NOTAS DE ETNOGRAFÍA HUICHAIREÑA

Por CIRO RENE LAFON

---

---

L A Quebrada de Huichairas, tributaria de la Quebrada de Humahuaca, desemboca en ella casi frente mismo al Pucará de Tilcara, apenas a un par de kilómetros de dicha villa veraniega. Su nombre es muy conocido en la zona porque es uno de los lugares obligados para las excursiones de veraneantes y turistas. Sus gentes laboriosas reciben a menudo la visita de acopiadores que buscan sus quesos, sus legumbres o sus frutas, que si bien no son muy abundantes constituyen una de sus reducidas fuentes de ingreso circulante. Más de algún folclorista observó alguno de los aspectos notables de su vigente ceremonialismo, agregando su versión personal del

caso. Y no faltó el afán del arqueólogo que excavara en el pucará, el Pucará de Huichairas, dando a luz testimonios de antiguo poblamiento (Casanova, E., 1934).

Conocemos el lugar y los pobladores hace más de una década. Muchas veces hemos recorrido sus angostos senderos rumbo al Oeste, en largas y menudas prospecciones antropológicas. Muchas veces hemos hecho noche en la ramada de alguna de sus casas. Y más de una vez hemos compartido su vivienda y su comida. La última, vivimos con ellos seis semanas continuas en la temporada de verano de 1963.

De este largo contacto me propongo hablar de aquí en adelante, como una contribución al conocimiento de la vida que llevan los huichaireños, que son también argentinos, y viven en nues-

tro país, en estos años de prueba y esperanza que estamos transcurriendo.

Aspiro a que mis palabras sean un testimonio veraz de la vida y cultura de un grupo de hombres de la tierra, que vive, sueña y padece, un poco al margen de la vida nacional, a la que a veces se asoma, mirando la corriente comercial o turística que se desliza por el fondo de la Quebrada de Humahuaca, o admirando desde lejos la pujante vida comercial de Salta o Tucumán, cuando migra periódicamente a las tareas de la zafra. Como aspiro también a que estas páginas recojan la expresión de agradecimiento que va implícita en ella detrás de la observación menuda o del comentario comparativo.

Mucho tiempo estuvimos juntos y nos entendimos bien. Cuando nos separamos, la dignidad varonil de Don Federico, la formal cortesía de Doña Carmen y la supuesta objetividad del antropólogo se concretaron en una despedida mecánica. Pero bien sabemos los unos y los otros de la pena y de lo que cada uno se llevaba del otro.

Me acompañó en esa oportunidad un grupo de alumnos de ambos sexos que cursaban los estudios finales de la Licenciatura en Ciencias Antropológicas. Ellos tuvieron allí la oportunidad de adquirir la experiencia de trabajo de campo que requieren las reglamentaciones vigentes, bajo mi dirección. Sobre la base de la información recogida esos mismos alumnos tomaron su Cursillo de Especialización en Folklore, que dictara el autor de estas líneas, con el título de *Cultura y supervivencia en Humahuaca*, durante el año lectivo de 1963. Y también con la misma

dirección escribieron sus trabajos finales sobre ciertos aspectos particulares, algunos que son hoy Licenciados en Antropología.

Como es lógico pensarlo fue un trabajo de equipo en el campo, como fue un trabajo de equipo en el gabinete, pero con una cabeza directriz que sirvió de guía y de nexos, que expuso a lo largo del Cursillo sus propias ideas y su experiencia. Ahí se originaron cuatro monografías sobre temas específicos: las formas económicas (Bilbao), shamanismo (Ratier), algunas supervivencias arqueológicas (Aznar), y algunos detalles de la vida familiar (Gerber). Hoy ve la luz la información de base con la firma del director del viaje de estudios y profesor responsable, que hace pública muchas de sus ideas y consideraciones sobre el problema, que al ser expuestas desde la cátedra se incorporaron al haber común de los alumnos y en ellos fructificaron de distinto modo y con distinta profundidad.

El orden de exposición respeta en buena parte el desarrollo del trabajo y la compaginación de los datos a los efectos de la exposición magistral y la interpretación conjunta. El título expresa claramente la finalidad y el contenido. *Notas*, para que sirvan a los demás como nos sirvieron y nos servirán a nosotros. De *Etnografía*, porque son descriptivas. Ello no obsta para que en ciertos momentos nos movamos en otro nivel, en nivel etnológico. No vayamos todavía más allá, a un nivel pragmático.

Esta nueva dimensión de nuestras inclinaciones antropológicas forma

parte de un ciclo de trabajos concatenados sobre temas afines. El primero ya ha sido publicado: *Fiesta y religión en Punta Corral* (Lafon, 1967). El segundo sobre diacronización del cambio cultural de Humahuaca (Lafon, 1966) fue leído en el XXXVII Congreso Internacional de Americanistas. El tercero (Lafon, 1968) acaba de ver la luz. Responden todos ellos a la necesidad de completar el conocimiento sobre el desarrollo cultural de esa región de nuestro país, que parece cada día más haber sido sede de grupos humanos con una continuidad cultural no sospechada, y también, de poner en evidencia la necesidad impostergable de estudios de carácter integrativo con miras a incorporar definitivamente a la vida nacional a estas comunidades de cultura tradicional, antes de su total desintegración (Lafon, 1966).

---

---

## II

---

---

Los huichaireños se distribuyen a lo largo de 24 kilómetros que tiene aproximadamente la Quebrada epónima con densidad diversa que está en proporción directa con su lejanía de la Quebrada de Humahuaca, en tres centros claramente diferenciados.

El primero, casi en la boca misma de la Quebrada, es conocido como *puerta de Huichairas* y en él se encuentra el núcleo mayor de población, la capilla, la escuela, el cementerio y un almacén. Los habitantes de este lugar aparecen, a primera vista, como más vinculados con la cultura oficial por su vecindad

a villas y poblados quebradeños, Tilcara y Maimará.

El segundo, a la mitad más o menos de la extensión total de la Quebrada, conocido como *El Cordonal*, abarca varias chacras contiguas cuyos habitantes, si bien bajan periódica y regularmente hacia las villas arriba mencionadas, viven una vida centrada alrededor de sus actividades agrícola-pastoriles, apartada de la corriente que circula a la vera del río Grande, aunque no aislada por completo.

El tercero, está ubicado en los confines mismos del extremo occidental, exactamente en la confluencia del arroyo Los Pocoios y el arroyo de Huichairas. El nombre del arroyo dio el nombre al lugar: *Pocoios*. Sus gentes representan un estadio mayor de aislamiento y autosuficiencia y conservan un aire más cerril que los otros.

En cada uno de los tres lugares trabajó un grupo específico, con instrucciones precisas del director del grupo, que a lo largo de las seis semanas que duró en trabajo alternó su presencia en los tres sitios, conservando la unidad del plan de trabajo y vigilando su desarrollo. Salvo diferencias de grado no muy significativas, en todos los casos se logró una integración favorable, claro que con dificultades distintas que debieron ser superadas con habilidad y firmeza.

Los grupos de trabajo funcionaron armónicamente, pese a la heterogeneidad de sus componentes y a su falta de experiencia anterior. La convivencia y la participación en la vida diaria de los lugareños fue una difícil prueba superada ampliamente, tanto

por los alumnos que aspiraban a la graduación, como por los otros, que sumaron su esfuerzo corporativamente.

Las personas que trabajaron en Puerta de Huichairas documentaron específicamente la situación actual de los pobladores en aspectos sociales y económicos, detectando algunas derivaciones de carácter conflictual. Trabajaron en árboles genealógicos con informantes en vivo y en los archivos parroquiales y municipales. Documentaron la existencia de ciertos relictos shamánicos y de viejas consejas españolas, con diablos y toros, como así también todo lo referente a la fiesta de San Juan, pues en casa de quien se alojaron estaba el oratorio del Santo y se custodiaba toda la parafernalia. El director en persona trabajó especialmente en la recolección de información referida a funebria y al cementerio actual; con posterioridad, uno de los participantes que no pertenecía al grupo que trabajó en este lugar, volvió para la época de la fiesta, pero con resultado no favorable.

El grupo que trabajó en El Cardonal, que incluía dos mujeres, sentó sus reales en una de las chacras y obtuvo variada y rica información, especialmente sobre actividades agrícolas y pastoriles y la instalación humana. Juegos infantiles y ceremonias de Señalada completaron el cuadro. En este lugar, la atención del director se centró especialmente en el mundo mágico que rodea las tareas agrícolas, en apariciones y en fantasmas.

El tercer grupo, integrado por un hombre y una mujer, se instaló en Poochos donde obtuvo datos valiosísi-

mos sobre la fabricación de cajas en Carnaval, la Señalada y ciertos ritos de pasaje. El director en este caso se interesó especialmente en ciertos detalles referidos a la importancia, significado y ceremonialismo atingente al ganado vacuno que allí fue señalado.

La actividad de los tres grupos de trabajo se desarrolló contemporáneamente y por separado, con la presencia alternada del director, lo que permitió mantener un ritmo de trabajo constante, mediante su intervención directa.

Toda la actividad cumplida respondió a un plan concreto y preciso, concebido por el director y basado en un conocimiento anterior de la zona y de la gente. A él cupo también la integración de los grupos y las instrucciones en cada caso. Por supuesto que la habilidad y la iniciativa de cada participante hizo el resto, pero siempre de acuerdo con el plan preestablecido.

Hubo, como era de esperar, aspectos positivos y aspectos negativos. Nos interesan más los primeros pero no por eso dejamos de tomar nota de los segundos. De aquéllos, juzgarán los lectores. De éstos nos ocuparemos en otra oportunidad. Nuestra experiencia debe ser aprovechada.

El trabajo en Huichairas y el trabajo en Punta Corral pertenecen ya al pasado. Los que compartimos éxitos y penurias formando un grupo de trabajo marchamos hoy por sendas distintas, algunas paralelas, otras divergentes; sin que falten las opuestas. Las generaciones de estudiantes se suceden y las apetencias varían, pero nuestra misión permanece. Quienes hacemos del estudio de la cultura, de su conserva-

ción y de su transmisión, la razón de nuestra existencia, damos y seguimos dando. Es "tiempo de sembrar".

Las notas que siguen muestran la imagen que vimos funcionando muchas veces, pero especialmente en febrero y marzo de 1963, en la Quebrada de Huichairas, en la Provincia de Jujuy; por detrás de la escueta nómina patrimonial y del detalle técnico, subyace un mundo de hombres, mujeres y niños, que aprendimos a querer y respetar. Doña Carmen, Don Esteban, Hilaria, la Jacoba, Don Quintino, la pastora, los changos... Vivimos en dos mundos lejanos y distintos ahora, pero una vez compartimos vida, trabajo y ansiedades. Allí estuvimos y damos fe. Damos testimonio de un modo de vida que lucha por sobrevivir. ¿Servirá para algo?

---

---

### III

---

---

El desarrollo de las tareas agrícolas aparece como si las cosas no hubieran cambiado desde fines del siglo XVI, después de que se instalara firmemente la estructura colonial de la zona. Y, si se afina el análisis, se reconocen todavía muchos rasgos de origen prehispánico por detrás de una tan aparente españolización, que presta al conjunto un aire arcaizante, que en ocasiones despista a los observadores no avezados.

Una vez elegido el terreno apto para ser cultivado, la primera tarea a cumplir es la limpieza de la maleza y de piedras. Estas son agrupadas, a la vez, a los costados del terreno, sirviendo al mismo tiempo para su delimitación;

otras veces, si son muchas y la extensión a aprovechar es mayor, se agrupan en grandes montones de 1,50 a 2 metros de altura y unos 3 metros de diámetro, con la base pircada para que no se desmoronen.

Ya limpio el futuro rastrojo se procede a su *inundación*, mediante una acequia más cercana, a los efectos de facilitar la tarea posterior. Generalmente los rastrojos están ubicados en la parte baja de la quebrada o en las primeras lomadas y laderas de los cerros que la delimitan, con el objeto de poder aprovechar al máximo las posibilidades del riego artificial. Cabe destacar que en Pocoicos se han aprovechado terrenos en cuadros de cultivo o grandes andenes que pertenecieron a los habitantes prehispánicos.

La roturación de la tierra se lleva a cabo con un arado de palo, tirado por bueyes, unidos por el clásico yugo español, o bien por un solo caballo. La arada es una tarea masculina en su origen pero en los últimos tiempos más de una vez, a raíz de la falta de hombres, han intervenido las mujeres y niños. Los surcos trazados no son muy profundos y contadas veces se ara en cruz. Utilizan complementariamente otras herramientas como palas de acero, palas de madera, picos y algún azadón especialmente en las tareas de riego.

Las especies cultivadas son relativamente numerosas y alternan algunas plantas aborígenes con otras europeas, cuya presencia o ausencia en muchos lugares está condicionada o por las posibilidades de su cultivo o por la simple preferencia personal del agricultor.

Así, se cultivan papas, maíz, trigo, cebada, habas, arvejas, y alfalfa. Un poco de vid y tomate en Puerta de Huichairas. Duraznos y manzanas hasta El Cardonal. Inclusive se cultiva remolacha en Pocoios, como así también algunos higos y algunas peras.

La iniciación de las tareas de siembra se hace, con ligeras variantes, en fechas semejantes según la especie de que se trate. Los distintos tipos de trigo y de cebada se siembran a partir de los últimos días de agosto y primeros de septiembre. La papa, según la variedad, y el maíz, en los primeros días de octubre, lo mismo que las habas y las arvejas. Los cereales se siembran *al voleo* y el resto, directamente en los surcos preparados, haciendo uso del instrumental accesorio ya mencionado, todo de origen europeo, aunque de factura local en algunos casos. No se utiliza ningún instrumento aborigen, salvo que consideremos como tal a las ramas con las cuales *ramean* los surcos una vez terminada la siembra.

El tamaño de las sementeras varía pero es raro que sobrepase la hectárea de extensión. Por lo general son más pequeñas. Están delimitadas algunas veces, por pirca, y otras veces, por cercos de espinas, para impedir el acceso de los animales. El rendimiento esperado no va mucho más allá de unas cuatro o cinco veces de lo sembrado. En El Cardonal sembrando dos bolsas de trigo esperan obtener diez bolsas de cosecha y se dan por muy satisfechos.

El cuidado y mantenimiento de los sembrados ocupa básicamente a los pocos hombres disponibles. Incluye el riego, limpieza y conservación de las

acequias, observancia de los turnos de riego correspondientes, extracción de las malezas, *dar vuelta la tierra* de las papas, aporcar el maíz, etc. Cuidados especiales son requeridos por los rastros de trigo y cebada, un poco más expuestos a contingencias más peligrosas, no sólo climáticas sino también de insectos y especies dañinas.

La preservación de los cereales, a partir del momento en que la espiga se ha granado, de la gran cantidad de pájaros que atraen constituye una tarea imprescindible y especialísima en la que suelen tener participación todas las personas disponibles, incluidos niños y ancianos. La primera vez que tuvimos oportunidad de observarla en pleno desarrollo fue en el viaje previo a la instalación de los grupos de trabajo en El Cardonal. Corrientemente se le llama *La pajareada* y consiste en la persecución constante de sol a sol de toda clase de pájaros, haciendo ruido con tachos y cajas, gritos y aullidos, usando con frecuencia de la honda para arrojar piedras y espantarlos. La primera que vimos, repetida después día a día hasta la realización de la cosecha, recuerda muy de cerca uno de los clásicos dibujos de Huamán Poma de Ayala cuando ilustra las faenas agrícolas del incario. La diferencia está en que los huichaireños no tienen un personaje especializado para ello ni recuerdan ya su simbolismo ritual, pero su contemplación nos produjo la impresión de haber vuelto a los viejos tiempos prehispánicos. Claro que el ruido de las latas de galletitas vacías que golpeaban los chicos vestidos a la europea y el saco azul de tres botones

abrochados y el sombrero de fieltro de Don Quintino nos volvieron a la realidad. Pero *la pajareada* responde a la misma necesidad que ocasionó su institucionalización ritual en tiempos prehispánicos.

La temporada de cosecha marca una época de febril laboriosidad y activo ajeteo. Para mediados de febrero ya se puede recoger el trigo o la cebada. Algunos maíces ya en los primeros días de marzo lo que también ocurre con la papa y la alfalfa, según se trate de variedades tempranas o tardías que urge salvar de las primeras heladas, especialmente después de Pascua. En la cosecha intervienen todos hombres y mujeres, grandes y chicos; los mayores recuerdan que antes las mujeres no tomaban parte "salvo que fueran familias bolivianas". El instrumental utilizado consiste en hoces semicirculares (ischuna) para cereales y gramíneas, y palas, picos o azadones para túberculos. Maíz, habas, arvejas, se recogen a mano, en una bolsa colgada de la cintura.

El trigo después de segado se emparva a la espera de la trilla que se hace poco tiempo después pisándolo con animales (caballos o burros) en eras especialmente preparadas y aventándolo luego, antes de ser almacenado en costales de trama muy prieta. No existen atahonas en Huichairas y para conseguir harina deben llevar su grano a moler al molino de Maimará a tanto por kilogramo. El maíz se guarda en trojes sobreelevados, o en graneros de superficie hechos con adobe, o en silos semisubterráneos a prueba de roedores. En otros casos los desgran

los chicos sobre una manta extendida en el suelo mediante el frotamiento directo de dos espigas, y se guarda luego en costales ya sea en las habitaciones o en los graneros y silos.

La alfalfa se almacena en parvas no muy grandes con la base protegida por una pequeña pirea, que son luego cubiertas por camadas de yuyos (sunchu), del mismo modo se hace con las parvas de trigo y con la paja que resulta de la trilla del trigo y cebada, que se guarda hasta que se vende o utiliza para fabricar adobes o preparar el torteado para fabricar el techo de la vivienda. La papa se conserva en silos especiales o bien en *pirhuas* bajo tierra y envuelta en paja. El ajo y la cebolla en cajones, pero más frecuentemente en grandes trenzas (simbas) que cuelgan bien ventiladas, bajo las ramadas o aleros, si los hay.

La descripción general que venimos de realizar de las tareas agrícolas es válida para toda la zona de Huichairas, con algunas diferencias de grado. En Puerta de Huichairas no hay mucha agricultura, y si, más tomates y frutales, en razón de que la gran mayoría de sus habitantes están muy vinculados con las localidades de Tilcara y Maimará, donde trabajan como asalariados o en la Municipalidad o en Vialidad, o en el Ferrocarril o con particulares, obteniendo así el circulante que necesitan. En cambio, es evidente la importancia mayor de la agricultura en El Cardonal y en Pocoios, notándose en éste último lugar un conservatismo más intenso en cuanto se refiere a técnicas (faltan eras) predomina el almacenaje subterráneo y el aprove-

chamamiento de cultivos prehispánicos y en la falta de instrumental especializado. Esta gradación se corresponde con la diferencia que pudimos comprobar en la vigencia del ritualismo vinculado con la agricultura y con la decadencia de algunas instituciones como la *minga*. En Puerta de Huichairas casi se ha perdido por completo el ceremonial conexo con la agricultura pero se reconocen otros aspectos mágicos plenamente vigentes que han sido objeto de un trabajo especial por uno de los integrantes del grupo de trabajo (Ratier). En El Cardonal nos decían "es corriente hacer una tomadita" pero agregaban enseguida "nosotros no la hacemos". En cambio en Pocoios se hacen significativas ofrendas y se da de comer a la tierra. Gradación equivalente se puede detectar en la fiesta del 1º de agosto. La mayor trascendencia se conserva en Pocoios. Allí, según nuestros informantes están vigentes los ritos básicos de la vieja estructura propiciatoria desde el entierro de la *tintincha* en las habitaciones y en los surcos, hasta la utilización de viajes fórmulas rituales, "como pachamama, Cusiya-cusiya". El quechua ya no se habla pero hemos recogido la noticia de que alguno antes hablaba y "ahora se lo ha olvidado" y, además hemos oído a Don Federico en El Cardonal enseñando a su hijo algunas estrofas en esa lengua cuyo significado ya no recuerda. Del mismo modo perduran algunos nombres como runa, antarcas, ischuna, etc.

En cuanto a la *minga* se la recuerda como muy significativa antes (este adverbio equivale a unos 20 a 30 años)

pero hoy queda reducida a unas pocas personas cuando no algunos miembros del grupo familiar, tanto que los informantes ya no la consideran como tal.

Casi todo el producido agrícola es para el consumo. Sólo una reducida parte suele venderse como medio para obtener efectivo, una de sus más urgentes necesidades. Así ocurre con algunas bolsas de papas, otras tantas de habas o de arvejas, algunas docenas de choclos o algún cajón de fruta. Otra pequeña parte servirá para trueque por sal con los puneños de las salinas que vienen en el invierno y, a veces, para ir a venderla a El Aguilar.

Maíz, papas, habas hervidas constituyen la base de su ración alimenticia completada por algún yerbiado o té de yuyos. El bollo de harina de maíz reemplaza al pan pero no con la frecuencia que sería de desear. Excepcionalmente uno de los pobladores de El Cardonal, Don Federico, hizo gala de que sus hijos "comen pan blanco" hecho con harina de trigo de su cosecha. Se insistió "pan blanco, como el que se come en la ciudad". Carne consumen muy poca, sólo en grandes ocasiones. Del resto de la dieta hablaremos al tratar la actividad pastoril.

Para cerrar este acápite sólo nos falta agregar que en los últimos tiempos la producción de verdura y de fruta ha decaído como fuente de circulante por una competencia nueva: han aparecido camiones que vienen del Valle, o de Tucumán y de Cafayate, a vender a granel en las poblaciones de la Quebrada, hasta con altoparlantes, a vender toda clase de verduras, frutas y hortalizas de mejor calidad y

a igual o menor precio, con las consecuencias que son de imaginar. Esta situación es aprovechada por algunos acopiadores o intermediarios propietarios de camiones, que entran en la quebrada y se llevan la producción a precio ínfimo, producción que de otro modo no podrían vender. Hemos visto en Puerta de Huichairas comprar un cajón raso de tomates a precios que oscilaban entre 10 y 15 pesos. O un canasto raso de manzanas, a precios entre 20 y 25 pesos, en febrero y marzo de 1963.

---

---

#### IV

---

---

La ganadería y demás animales domésticos constituyen la gran corriente que integra la economía huichaireña. Crían y mantienen rebaños de cabras y ovejas y, con menor frecuencia ganado vacuno y porcino. Algunas pocas mulas, algunos caballos y escasos bueyes, esto siempre arriba, son utilizados como medio de transporte. Subsidiariamente, como ocurre en Puerta de Huichairas o en El Cardonal, los habitantes mantienen colmenares no muy numerosos, o bien crían conejos, como en Pociois. Los infaltables perros domésticos completan el cuadro, al que debe sumarse alguno que otro gato y unos pocos burros de carga. La ganadería propiamente dicha es toda de animales europeos. Las "ovejas y carneros de la tierra" han desaparecido como ganado doméstico en esta zona, por la que suelen transitar, algunas llamas cargueras procedentes de la Puna, pero que ya han sido reem-

plazadas totalmente por recuas de mulas. Las pocas aves domésticas que se ven (gallinas) son de origen europeo.

Predomina por completo la crianza de cabras y ovejas a lo largo de toda la Quebrada de Huichairas tanto que los cerdos de El Cardonal y las vacas de Pociois constituyen verdaderas excepciones. La técnica de pastoreo se ha mantenido inmutable, con rasgos de acentuado primitivismo, salvo el reemplazo de los animales aborígenes por los europeos. El ganado es llevado diariamente a los lugares de pastoreo, sobre cerros vecinos, y regresado al atardecer, a cargo de "la pastora". Es una tarea predominantemente femenina, compartida circunstancialmente por algunos "changos chicos", que sirven de acompañantes cuando no de reemplazantes. Se ayudan con hondas y con perros cabreros y ovejeros que facilitan mucho el trabajo.

Al regreso, los animales son encerrados en corrales construidos por lo general con paredes de pirca con barro, sobre las cuales suelen colocarse matas de espinas para impedir la salida de los animales. A veces los corrales tienen nada más que tres paredes porque son construidos en laderas con gran desnivel y la falda del cerro hace las veces del cuarto muro. En el Cardonal hay corrales grandes y chicos; estos últimos construidos con troncos y tablas de cardón que sirven para apartar a los animales pequeños. En Pociois el único corral que se encuentra en las distintas casas tiene como finalidad más que guardar el ganado mantener apartados los animales que molestan. El resto del rebaño se mantiene agru-

pado en las cercanías con la ayuda de los perros cabreros especialmente criados al efecto. Dijeron nuestros informantes que los ponen en contacto con las cabras desde los primeros días de su nacimiento y "los hacen mamar de ellas para que las conozcan".

El ganado vacuno no muy numeroso pero sí muy valioso que se cría, está por lo general en el cerro donde suele haber mejores pastos y lugares más abrigados. No están sujetos a tanta vigilancia como cabras y ovejas porque no son tan andariegos; periódicamente, en especial para las se-

ñaladas, salen a caballo, a parar rodeo, "los campeadores" encargados de buscarlo y conducirlos al lugar de reunión. La arcaica designación de tal oficio se ha mantenido como verbo para designar cierta parte del ritual conexo a la ganadería. Los conejos no son objeto de ningún cuidado especial y andan sueltos por casa, patios, sembrados y alrededores.

El mantenimiento de ovejas y cabras implica como ocurre en el resto de Noroeste argentino una migración estacional en busca de mejores pastos, lo que significa el traslado de los rebaños al cerro, a mayor altura tarea también a cargo de las pastoras, que construyen allá viviendas precarias o refugios transitorios en lugares abrigados para protegerse del frío, del viento y de las heladas. Solamente en El Cardonal hemos visto completar la alimentación del ganado menor con hojas y ramas tiernas de sauce o algunos puñados de alfalfa. Los conejos de Poicoos comen lo que pueden o roen en sus recorridas. Los cerdos de El Car-

donal comen las pocas sobras de comida que les arrojan y, excepcionalmente, un poco de maíz. Las gallinas picotean por toda la casa y también, de cuando en cuando, comen un poco de grano.

El aprovechamiento de los productos ganaderos comprende la leche y los derivados, la lana, el cuero y la carne, en ese orden decreciente. En Puerta de Huichairas hemos visto a Don Candelario fabricar cuerdas de crin por encargo pero estimamos que esta técnica especial no puede ser considerada como una artesanía local vigente.

Cuero y carne constituyen dos aspectos de aprovechamiento muy reducido. El cuero se utiliza casi únicamente para fabricar el parche de la caja y algunos tientos accesorios o, muy de tanto en tanto, para preparar pellones destinados a los arreos de montar o servir de abrigo en las camas que preparan en el suelo de las habitaciones. La carne se consume en muy pequeña escala y, por lo general, es de animales grandes y viejos. Sólo se carnean animales jóvenes para algunas festividades de gran trascendencia y hay mucha resistencia a venderlos por la pérdida que representan. Nosotros, ávidos de completar nuestra dieta con carne, debimos pagar precios muy altos para conseguirlos (600 ó 700 pesos por animal), con la ventaja para el vendedor que él conservaba el cuero, cabeza, sangre y vísceras que aprovechaba totalmente. Este ejemplo permite obtener una idea del valor asignado por los huichaireños a un animal joven en pie. La utilización de la leche y derivados y la utilización de la lana representa

una significativa contribución económica que trataremos por separado.

El ordeño es tarea femenina a cargo de "la pastora", quien la lleva a cabo por la mañana antes de salir con el ganado a pastar. La técnica de ordeño reconoce algunas variantes según los lugares observados; durante una de las visitas a Pocoios llamó la atención del autor ver a la pastora de turno acercarse *por atrás* al animal elegido y, colocando una lata en el suelo, ordeñar de ese modo y seguir con los restantes animales. Resultó curiosa observación pues veníamos de observar idéntica tarea en El Cardonal, donde la pastora ordeñó *de costado*, pero haciendo subir al animal sobre la pirca del corral para mayor comodidad recogiendo la leche también en una lata. Por supuesto la observación repetida en diversas oportunidades y por distintas pastoras, nos permiten comprobar que la primera citada era una variante puramente personal. El resto, ordeñaba en el suelo recogiendo la leche en una lata, pero siempre de costado. En Puerta de Huichairas no vimos ordeñar porque prácticamente ya no se efectúa esta tarea.

La fabricación del queso representa una de las actividades habituales en la vida económica eminentemente femenina, aunque no exclusivamente de "la Pastora". Si bien suele cumplirla o colaborar con ella, por lo general la fabricación del queso está a cargo de la Señora, es decir, de la Señora mayor, que en el caso que nos servirá de ejemplo, fue doña Claudia. Durante una larga tarde conversamos con ella en El Cardonal, bajo la ramada, siguiendo

do paso a paso su trabajo. Información coincidente fue recogida por nuestros colaboradores en Pocoios, que por otra parte, coincide con la ya conocida para muchos lugares de la provincia y del país.

Primeramente, se filtra la leche en una tinaja, que en este caso había sido hecha por la misma Doña Claudia, una de las pocas olleras que todavía suele practicar su oficio. Una vez filtrada se hecha en ella agua de un cuajo anterior o bien la *pancherita* (testículos de cordero o chivo secos) que hacen las veces de cuajo, dejando la tinaja tapada al sol poco más de una hora. Previamente se han fabricado los moldes de cortadera (cinchón) cuyo tamaño varía entre los 0,40 y 0,50 centímetros y los 0,25 y 0,30 de diámetro.

Transcurrido el tiempo necesario se destapa la tinaja y se prensa la masa resultante de la leche cuajada con los dedos para ir escurriendo el suero paulatinamente. Cuando la textura de la masa llega a su punto se moja el molde que es colocado sobre una piedra chata y lisa, también mojada, se moldea el queso en el interior, se alisa y se prensa luego con otra piedra. A continuación se apilan los quesos unos sobre otros, separados por una piedra lisa, y se los deja reposar así alrededor de cuatro horas. Entre tanto se va moliendo sal sobre una conana que luego se echará encima de cada uno de ellos. Finalmente, una vez salados, los quesos se apilan unos sobre otros, se tapan con un poncho y se presan con una sola piedra más bien pesada y se dejan al aire toda la noche. Al día siguiente están listos para consumir o mercar.

Buena parte del queso de cabra así fabricado es consumido en los hogares huichaireños, pero una buena parte es dedicado a la venta. Algunas veces van a venderlo a Tilcara o Maimará. Otras los venden en el almacén de Cipriano, en Puerta de Huichairas, donde es adquirido por sus habitantes que ya no lo fabrican.

En ciertas épocas cuando el camino lo permite, suelen llegar algunos compradores que aspiran adquirir toda la producción existente. No siempre tienen éxito porque hay mucha resistencia a venderla toda. Estando en El Cardonal anunciaron a Don Federico la venida, en horas de la tarde, de un futuro comprador de quesos. Llegada la hora prefirió acompañarnos lejos de su casa y, ante una pregunta que demostraba nuestra extrañeza por la falta de interés en concretar el negocio, repuso lacónicamente: "¿es que, señor, podré comerme yo ese dinero?". Una apreciación sobre el valor de la transacción no efectuada puede tenerla el lector sabiendo que el precio oscilaba entre \$ 50 y \$ 30 cada uno, según el tamaño de los quesos.

Además en El Cardonal, en casa de Don Quintino sólo Doña Claudia hacía quesos y en casa de Don Federico, sólo su mujer.

El arte de la tejeduría va camino hacia su extinción aunque todavía se practique en varios lugares, pero aún subsisten las mentas de prestigiosos teleros que trabajaban en la zona 20 ó 30 años atrás. El tejido es una tarea eminentemente masculina. En Puerta de Huichairas tejen Don Candelario y Don Mamaní. En El Cardonal teje

Don Quintino. En Pocoios, tejían los hombres, cuando había teleros; hoy compran telas a Don Candelario. El hilado es tarea femenina que cumplen con husos de madera mientras realizan sus labores de pastoreo. Informes recogidos por nuestros colaboradores en Pocoios nos dicen que el tejido con agujas es practicado allí por las mujeres que no siempre hilan la lana sino que la van sacando del vellón. Los teleros usan el telar vertical, con pedales, en el que tejen, más que nada, barracán para uso propio. En Puerta de Huichairas los teleros citados tejen telas más finas por encargo, con lana que ya les traen o consiguen por trueque. En El Cardonal hemos visto a Don Quintino fabricar sogas trenzadas de lana de llama (comprada) y de oveja. Es interesante hacer notar que si bien tienen noticias de la existencia de la rueca no existe en todo Huichairas un solo ejemplar ni tampoco han visto ninguno según dijeron Don Quintino y Don Federico.

La vigencia plena del ceremonialismo propiciatorio de la ganadería que comprobamos en Huichairas está hablando a las claras del papel que juega esta actividad en la vida de los lugareños. En el estado actual de su explotación ganadera, librada a su propio esfuerzo, sin renovación de raza, sin mestizaje, sin ninguna ayuda técnica y expuestos a la acción de un clima riguroso, es lógico que el rendimiento no sea de los más fructíferos. Las fuerzas telúricas y celestes extrahumanas, tanto las viejas divinidades etónicas como las que integran el panteón cristiano, eonjuradas, adoradas y favorecidas

con ofrendas, con fórmulas y con sahumeros, serán las que en última instancia, decidan el futuro del rebaño, a falta de una explotación ganadera técnicamente perfeccionada. No puede extrañarnos esta vigencia. Es totalmente funcional y no una supervivencia aislada de antiguos ritos de fertilidad sincretizada con elementos cristianos ni es tampoco un vigente pintoresquismo curioso y bizarro que tantas veces ha hecho las delicias de curiosos e improvisados articulistas. La señalada, tan llevada y traída en tantos artículos y comentarios constituye uno de los climax del ciclo ceremonial anual. No por nada está tan cerca de la fiesta por antonomasia, que es el carnaval, de neta raigambre agraria.

Enunciaremos brevemente los pasos principales de la ceremonia de la Señalada celebrada en casa de Don Federico, en El Cardonal, el día 23 de febrero de 1963, sábado de carnaval. Originalmente debió celebrarse en casa de Don Quintino, pero a último momento una disposición del patrón (Quispe), hizo que tuviera lugar allá, adonde nos trasladamos poco antes de las 11 de la mañana. Casi contemporáneamente nuestros colaboradores en Pocoios, el Jueves de Comadres, 21 de febrero del mismo año, asistieron y participaron en la Señalada en casa de Don Simón en Chaquihuaico.

Llegados a casa de Don Federico, participamos de la ceremonia desde su iniciación, colaborando en la confección de las flores; sobre una manta al aire libre, frente a la casa se distribuyó la parafernalia: coca, un yurito, trozos grandes de algodón teñido, la-

nas de todos los colores nuevas y del año anterior, más los utensilios para fabricar las flores o pompones a saber, una aguja grande y un trozo de madera con muescas en los extremos, sobre el que se envuelve la lana, que una vez trabajada con la aguja, se corta para hacer las flores o pompones. Observamos que, en esta oportunidad, fueron los hombres quienes los confeccionaron.

Previamente Don Federico colocó una bandera en la puerta del acceso al corral "para indicar que había señalada". La bandera había sido hecha con una carpeta floreada, a la que se cosieron flores y una guirnalda de lana; sirvió de asta un palo común, que también fue adornado con cintas de colores rojo y azul. Entretanto uno de los asistentes encendió unas brasas en una especie de puco, que en realidad era el fondo de un cántaro fracturado, a las que mezcló una mata de yuyo verde para sahumar con humo acre y espeso y lo colocó arriba de la pirca que bordea el corral. Nuestros informantes dijeron que se sahumaba para "llamar la hacienda". Pudimos comprobar que este sahumero responde a un ritual preestablecido. Doña Eulogia (esposa de Don Federico) indicó el momento preciso y Don Quintino, padre de Don Federico y virtual cabeza de familia extendida, encendió el braserito y lo colocó sobre las espigas de la pirca, de tal manera que el viento llevara el humo hacia el lugar donde estaban los animales. Nos dijeron que el yuyo utilizado era "coatola".

Casi al mismo tiempo se ha trasladado y depositado en el suelo, frente al

corral, la manta sobre la que reposaba la parafernalia. El paquete de coca fue abierto y cada uno de los asistentes, mirando hacia el Este, eligiendo, de a pares, las hojas más grandes y enteras. Doña Eulogia estaba al otro lado de la pirca, dentro del corral, arrodillada, mirando al Este. Los participantes fueron entrando de uno por vez, y entregándole las hojas y expresando sus deseos de abundante reproducción y multiplicación del ganado "para el año", que la mujer agradecía gravemente. Mientras se cumplía esta parte de la ceremonia (entrega o multiplico) se distribuía abundante chicha entre los concurrentes, que, sombrero en mano, "dan de beber a la tierra", antes de beber ellos mismos, y se consumieron grandes cantidades de coca. Doña Eulogia, a medida que recibía cada entrega, iba colocando las hojas en círculo sobre una especie de colchón de lana de distintos colores.

El momento inicial de la señalada propiamente dicha fue indicado por Don Federico, al incorporarse, desde la piedra en la que estaba sentado, en animada conversación con otros hombres, bebiendo chicha y coqueando. "Bien señores, vamos a comenzar" dijo solemnemente, al tiempo que se colgaba del cuello una chuspa de lana adornada con flores, extraía su cortaplumas del bolsillo y probaba su filo con el dedo. Hombres y changos grandes de buena voluntad hacían de "agarradores" y el mismo Don Federico designó a varios de los invitados para colaborar. Nosotros, ya de la casa, trabajamos activamente en todas las tareas.

Los animales para señalar eran elegidos por Doña Eulogia, y una vez capturados, sostenidos por las manos, erguidos sobre las patas traseras y mantenidos mirando hacia el Este, entre las piernas de los agarradores, que esperan turno. Cada animal era "enflorado" en una o ambas orejas, mediante una aguja que se enjabonaba periódicamente; con ella se pasa una hebra de lana de la que pende la flor, que se sujeta con uno o dos nudos a la hebra gemela. Luego Federico hizo el "corte" que corresponde, según el dueño, y guardó el trozo en la chuspa. Empieza a "enflorar" Doña Eulogia, pero también lo hicieron buen número de los participantes; copiosas libaciones de chicha, alcohol y yerbeado, coca y cigarrillos acompañaron al desarrollo de la tarea. Con cierta frecuencia se marcó la cara de los participantes, con sangre de los animales aplicada con los dedos. Bromas, gritos y juegos de manos completaban la animación dentro del corral.

Ya en plena faena Doña Eulogia eligió dos parejas de animales, una de chivos y una de ovejas, que serían unidos en matrimonio, luego de adornarlos con vinchas especiales, flores en cada oreja, serpentinas, "mixture" (papel picado), harina y pétalos de girasol, mientras eran sostenidos por los "agarradores". Se los hizo beber chicha y alcohol, se los hizo besar y se los envolvió con el mismo rollo de serpentinas. Los gritos de "vivan los novios" y deseos de multiplicación se sucedieron durante algunos momentos como así también bromas y alusiones respecto de la fecundidad, tanto de los ani-

males como de los hombres, sin que faltaran alusiones sexuales directas de y para los presentes, que recuerdan seguramente viejos y marcados tintes orgiásticos.

Finalmente, fueron soltados, entre gritos y risas. Chicha, alcohol, yerbeado, siguen circulando abundantemente hasta que son señalados los animales disponibles.

Finalizada la señalada, se reunió la hacienda en un costado del corral para la bendición y aspersión. Para ello se sacó chicha del yurito en un cantarito más chico, con el cual se aspergó la hacienda, recitando fórmulas de bendición cristianas, "Dios quiera y la Virgen y San Bartolo, y San Juan. que haya mucha hacienda para el año". También se trajo arena limpia del lecho del río cercano, que se arrojó a puñados sobre el rebaño, con las mismas fórmulas, cuyo simbolismo salta a la vista. Enseguida, entre gritos y toques de caja, procedieron a dar vueltas al corral en sentido contrario a las agujas del reloj, entre grandes nubes de humo del sahumerio que el propio Don Quintino había avivado y agitó violentamente. Por detrás de los animales va la familia entera. Por último se abrió el corral soltando el ganado, pero cuidando que diera una vuelta al corral, esta vez en sentido contrario y luego se espantó. Federico y Eulogia se arrodillaron y rezaron, completamente abstraídos y como fuera de este mundo, mirando al Este, con la mirada perdida en el vacío. Una vez vueltos a la realidad, regresaron y regresamos todos al patio de la casa y la misma Doña Eulogia y algunas de las

mujeres presentes "enfloraron" a algunos de los presentes, incluidos nosotros, que habíamos participado. De ahí en adelante, fue fiesta, comer, beber, cantar y brincar al son de la caja y erquencho hasta bien avanzada la tarde, cuando nos trasladamos a casa del patrón, mucho más abajo y cerca de la Quebrada de Humahuaca, para asistir allí a otra ceremonia semejante.

No es el caso de consignar detalles de esta nueva señalada ni tampoco de la que fue observada y estudiada por nuestros colaboradores en Pooeios, pero si se debe poner en evidencia que según la información procedente del lugar, es mayor allí el conservatismo. Son las mujeres que hacen las flores; el propietario en persona corta trozos de llijeta que dice son "cuartos", "piernitas", etc.; son las mujeres las que enfloran, se designan padrinos para el matrimonio de animales; se lleva a cabo el ritual íntegro del mojón que es una piedra parada "que las mujeres adornan con lana y harina", mientras los hombres bailan y cantan coplas, hasta finalizar. Y además, el tinte y el aire orgiástico de la fiesta son mucho más reales que en casa del patrón (Quispe) a la que asistimos el mismo sábado 23 de febrero, si bien formalmente repite las fases generales que integran la ceremonia, presenta notorias diferencias con las otras dos. Más gente "urbana" podríamos decir, reconocible por su vestimenta y por sus actitudes, que eran una mezcla de indiferencia estudiada y un ansia contenida de participar. La figura del patrón, de breeches y botas, hombre joven y con toda la planta de un viejo

poblador de la zona, no hacía juego con su rol de ese momento. Los pocos participantes, algunos de mayor edad, jugaron sus papeles tradicionales con la seriedad y convicción de quien cree en ellas, dentro y fuera del corral, pero un poco a la manera de actores en un escenario, observados atentamente por decenas de otras personas que ya habían adquirido un barniz cultural distinto, muy débil todavía y causa de no pocos conflictos. Decimos esto porque, avanzando la fiesta, cuando ya las frecuentes libaciones de chicha, alcohol y otras bebidas desatan las inhibiciones, muchos de los observadores pasaron a ser actores y perdieron más tarde el aire ciudadano indiferente cuando sonaron las cajas y las coplas.

Pero más allá de estas diferencias de grado fácilmente explicables, hasta por razones topográficas, la carga ritual que acompaña las tareas ganaderas en ciertas épocas es todavía muy intensa y pone en evidencia, al mismo tiempo, que la ganadería es una actividad primordial para la subsistencia. "Se pone la sangre en la mejilla para que los animales engorden y haya mucho parto". "También se pone la sangre para que haya más chivitos". "Hay que darle de comer a la Pachamama para que de mucha comida para los animales". "Las vueltas alrededor del corral se dan para que haya más animales". Los pocos animales que se han señalado en agosto son "para que brote la sangre y coma la tierra". A este mismo orden de cosas pertenecen el matrimonio simbólico de las parejas de chivos y de ovejas y hasta el ador-

no y danza de las mujeres alrededor del mojón, y los tintes orgiásticos que se adivinan a lo largo de la fiesta subsiguiente. El leit motiv de todo el ciclo es, sin duda, el mantenimiento y multiplicación del rebaño, uno de los pilares de su economía.

---

---

## V

---

---

La vivienda y el patrón de asentamiento prestan a los caseríos de Huichairas un particular aire campesino que comparte con muchas otras comarcas de la zona. Ambas "bandas" de la Quebrada han sido ocupadas, pero la mayor preferencia se ha inclinado por la banda derecha, quizá porque los terrenos aprovechables están un poco más elevados de ese lado y por lo tanto menos expuestos a las fuertes crecidas del río en época de lluvias. No hace mucho tiempo que más arriba de la Puerta de Huichairas propiamente dicha, algunos pobladores han empezado a ocupar los terrenos "que no tienen dueño" para tomar posesión y después escriturar, actitud que ha dado lugar a no pocos conflictos. (Enfoque de Don Federico).

La densidad de viviendas varía de un extremo a otro. La mayor se da en la llamada Puerta de Huichairas. Aparecen viviendas no muy aglomeradas en ambas bandas, todas construidas con adobes y techo de torta o de chapas de zinc. A la banda derecha corresponde la ubicación del almacén y del cementerio y a la banda izquierda, la escuela y uno de los oratorios de San Juan, el santo local de mayor presti-

gio. La gran mayoría ostenta una carpintería artesanal procedente de Tilcara, como marcos para ventanas y puertas también de ese origen y cerraduras completas con llave. Muchas son blanqueadas o pintadas a la cal en colores claros, especialmente rosado claro o amarillento.

Puede considerarse que en las viviendas de Puerta de Huichairas prevalece una disposición de las habitaciones que son contiguas, pero no intercomunicadas, cercando un patio cuadrangular por tres de sus lados, mientras que el cuarto lado, suele estar cerrado o por un paredón alto o por una tapia baja o simplemente delimitado por una pirca seca. Cuando se trata de un paredón alto la puerta de acceso es de madera, de una sola hoja y se cierra por dentro con pasador o pestillo y por fuera con candado. La entrada, cuando se trata de una tapia baja, se hace a través de un portón de madera, más bien portillo, que suele ser trabado mediante un pasador horizontal. Cuando se trata de una simple pirca, la abertura suele cerrarse con dos troncos de cardón; por lo general la altura de la pirca es suplementada por espinas para impedir el acceso a los animales.

Si tomamos como ejemplo una vivienda determinada, la de Don Candelario, el sector cerrado por el alto muro, corresponde al lado Norte. El lado Este, está flanqueado por la cocina, el lado Sur está cubierto por una gran habitación que hace las veces del dormitorio del dueño y de doña Anselma. El lado Oeste por dos habitaciones. Una en la que nos alojamos

nosotros y otra de dimensiones más reducidas, que oficia de *oratorio* de San Juan y en la que se hallan depositadas las andas del Santo, su imagen y también los ornamentos de *los plumudos* que desempeñan gran papel durante la fiesta epónima. El almacén de Cipriano constituye, por su lado, una estructura especial por su distribución y por algunos detalles de su construcción. En efecto, una tapia baja, con puerta de madera siempre cerrada, es el primer obstáculo para entrar al patio, al que no se puede entrar a caballo. A este patio, dan la puerta de una habitación regularmente grande, que sirve para el almacén propiamente dicho, que está separado de las otras habitaciones que sirven de vivienda por otro pequeño patio o más bien pasillo muy grande. Tiene buenas paredes, bien construidas, techo de zinc, puertas y marcos de factura carpintera de Tilcara, como así también las escasas instalaciones del interior del almacén.

La distribución de las viviendas, da un poco la impresión de estar dividida a ambos lados del camino que recorre la Quebrada hacia el Oeste, en dirección de Pocoios.

En la banda izquierda, al mismo nivel que las de la banda opuesta, se levanta otro grupo de casas, de características semejantes. Sobresale una de ellas por la potencia de sus paredes y por el gran portón de acceso al patio central, que por su aspecto parece haber sido casa de gente principal y según los informantes lo fue hasta no hace mucho tiempo. Esta construcción está rodeada de un cierto hálito de misterio, en el que no faltan apareci-

dos, perros negros, murciélagos, y una "cabeza como de toro" que echa fuego por los ojos, sin que falte "olor a azulre". (Informe del hijo mayor de Don Federico).

La concentración de población agrícola dispersa que hemos venido denominando Puerta de Huichairas está delimitada por un lado por las vías del ferrocarril y por otro por la línea imaginaria que une las casas de Chocobar y el almacén de Cipriano. La finca de los Quispe, la gran finca de Huichairas se encuentra sobre la banda Norte, a poca distancia de las vías. En ese lugar funciona lo que tradicionalmente se denomina *la Administración* y viven los actuales dueños. Entre la finca y las vías están la casa y los rastrojos de Don Nepomuceno; y más allá de la vía, algunas tierras que ocupa Don Hipólito.

En el otro extremo de la finca, están las tierras de Doña Marcelina, Sebastián, Feliciano y la Capilla. A continuación casa y tierras de Don Guillermo. Luego las tierras y la casa de Alejandro, José y Guillermo, siguen un oratorio, la escuela (sin maestra entonces), propiedad de Don Desiderio, que vive al lado, las casas y la tierra ocupadas por Ibarra y finalmente las de Chocobar. De ahí en adelante las tierras no tienen dueño, como dijo Don Federico y son origen de conflictos que no llegan a las vías del hecho. Ocurrir que los ocupantes se corren mutuamente las cercas de espinas que delimitan los sembrados, aprovechando la ausencia de sus dueños o las sombras de la noche.

En la banda opuesta, la primera

construcción que se ve desde muy lejos, por encontrarse situada a media falda del cerro en cuya explanada superior están las ruinas del Pucará de Huichairas que estudiara Casanova, corresponde al cementerio cuyo sector Noroeste ha sido arrastrado por una creciente. Su ubicación precisa es casi frente por frente con la Capilla de la banda opuesta. La casa y tierras que siguen, corresponden a Don Candelario y Doña Anselma y fue nuestro lugar de residencia. A continuación, siguen las casas y tierras que ocupan Visitación, Rosario, Eduardo, Julián, Tomasa, Zacarías y por último vivienda, almacén y tierras de Don Cipriano.

Repetimos que las viviendas no son aglomeradas, sino separadas entre sí por los solares cultivados que esos sí son contiguos, fenómeno que se repite en ambas bandas.

En una banda como en la otra, en lo que bien se puede considerar la terraza inferior, más cerca del nivel del río se suceden los rastrojos de los diversos dueños o arrenderos, aprovechando al máximo los terrenos disponibles y separados entre sí por cercos de espinas o pircas "*bien chuyas*".

A la altura de El Cardonal cambia la disposición, la técnica de construcción y la distribución de las viviendas. Toma la característica de población agrícola más dispersa. A distancias variables, entre trescientos a seiscientos metros aparecen una serie de unidades de vivienda con número variable de habitaciones contiguas o agrupadas, a las que siguen, en número también variable, los rastrojos o cuadros de cultivo, una era y uno o dos corrales

para hacienda. El agua es distribuida por acequias que corren entre los rastrojos y, de cuando en cuando, se ven pozos que sirven como reservorio de agua entre uno y otro tramo de riego.

Ejemplificamos con la vivienda de Don Quintino, integrada por dos cuerpos independientes. Uno de ellos con eje general en dirección Este-Oeste, integrado por recintos contiguos no comunicados, la cocina y la habitación de Don Quintino. El otro, perpendicular al anterior en el extremo Este, con dirección general Norte-Sur, pero separado del anterior por un espacio de casi ocho metros. Además como ambos están edificados sobre la ladera del cerro, entre éste y el otro hay un desnivel de 1,50 metros. Contigua a este cuerpo hay una pequeña ramada, en la que se guardan algunas semillas de ajo, cajones vacíos, y dos azadas de palo. A unos tres metros del segundo cuerpo, con dirección Norte-Sur y junto casi al cuerpo descrito inicialmente, hay una pequeña ramada, con un par de precarios bancos y una mesa de madera. En las vecindades del segundo cuerpo, en el extremo opuesto a la ramada, hay dos silos construidos con adobe y techos de chapa canaleta, para almacenar grano.

La vivienda de Don Quintino está construida con paredes de piedra y argamasa de barro y paja (champa). Tiene techo de torta a dos aguas, sostenido por una viga de madera de cardón. Carece de ventanas y tiene una puerta también de tablas de cardón, que descansa y asienta contra un marco del mismo material. Tanto las tablas verticales y transversales de la

puerta, como la unión del marco por el lado que corresponde a las bisagras, están unidas entre sí por alambres y por tientos de cuero, faltando por completo la carpintería de fábrica. La entrada de la cocina carece de puerta y tiene una sola ventana triangular, que más que para iluminar sirve para dar salida al humo. El moblaje en ambas es escaso. La viga transversal sirve para colgar ropa en la habitación de Don Quintino. Hay un banco en el que se apilan mantas y ropas, que por la noche, puestas en el suelo sirven de cama. Un arcón de madera completa el equipo. En la cocina, no se ve mucho tampoco. Además del fogón, un par de troncos que sirven de asiento y un trozo de caño de más de 60 centímetros de largo, para soplar el fuego y un estante en una de las paredes. En la parte inferior de la ventana, panes de sal. Una mesa pequeña y tambaleante de madera con un jarro y dos platos enlozados y una cuchara de madera. Las paredes ennegrecidas por el humo, aparecen en las vecindades del fogón, como pegajosas por la acumulación de grasitud. El piso de tierra, aparece duro y apisonado por el pisoteo constante.

El otro cuerpo de la vivienda tiene aproximadamente las mismas dimensiones, pero aparece como construido con mayor cuidado. Las paredes son de piedra con mortero de barro y ripio. El piso apisonado y con piedras. El techo de torta sostenido por un gran tirante transversal de madera, sostenido por una viga en cruz que se apoya mediante un corto tirante de cardón. La puerta de acceso está construida

del mismo modo que la puerta del cuerpo ya descrito y carece de ventanas. En cambio en la pared que corresponde a la puerta, hay un nicho o alacena y la pared de la derecha contando desde la puerta, tiene un *pozo* de adobe que sostiene un asiento hecho con dos tablas de cardón. El mobiliaje, un palo perchero en la pared y una cama de hierro sin colchón. Este fue nuestro alojamiento durante el tiempo que duró el trabajo en El Cardonal.

Vista en perspectiva, desde lo alto del cerro vecino, la casa de Don Quintino da la impresión de estar alrededor de un patio central, con apertura hacia el Oeste, a cuyo final aparecen por la izquierda el corral de las cabras y por la derecha una de los rastrojos de la tierra. Al pie de éstos y por ambos lados se extienden los otros rastrojos que constituyen el predio de Don Quintino y su familia, hasta superponerse con los de Don Federico, su hijo. Unos 300 metros más hacia el Este, por el frente, viviendas de otra familia, replantean distribución semejante.

Avanzando hacia el Oeste, la instalación humana disminuye. La otra concentración visible, aparece en la confluencia del arroyo de Pocoios con el de Huichairas y, enfrente, en el lugar denominado Chaquihuaico. Viven allí, de un lado, en Pocoios, Doña Carmen y sus hijas, Don Gervasio y otros. En Chaquihuaico, Don Simón y su familia; allegados y parientes completan el número reducido de habitantes.

Las unidades de vivienda que constituyen la casa de Doña Carmen, nos servirán como prototipo. Son en total

una cocina y tres habitaciones amplias y contiguas sin comunicación, distribuidas de modo de delimitar un espacio cuadrangular pequeño, sin muro que la cierre. Están ubicadas en un costado de una explanada delimitada por el río Pocoios, el cerro y la barranca elevada al pie del cual corre el río Huichairas. Remontando el río Pocoios hacia el Norte, a mayor altura y a unos tres kilómetros, está uno de los puestos, lugar donde tradicionalmente reúnen la hacienda para la señalada. La planta de las habitaciones es rectangular, las paredes de piedra con argamasa de barro y paja y el techo de torta. Tienen una sola abertura: la puerta hecha de madera de cardón, también sin clavos en su factura y a falta de ventanas, aparece alguna hornacina en la pared. Pocos bancos de tablas de madera muy bajitos y alguna silla de madera con asiento de cuero trenzado, asiento de privilegio, que el autor fue invitado a ocupar casi ceremoniosamente por Doña Carmen, para que observara las tareas de preparación de la chicha, en la que intervenían sus hijas y sus colaboradores en Pocoios. La cocina carece de ventilación y su mobiliario es reducido, además del fogón colocado en el centro. Ollas de barro, jarras y platos enlozados, dos pavas, una olla de metal y un caño para soplar el fuego. Una repisa en la pared, sirve de alacena. Dos *pozos* de 30 centímetros de alto, sirven de asiento.

Un detalle significativo de las viviendas, manifiesto siempre en El Cardonal y en Pocoios, es el desnivel del piso de las habitaciones comparado con el terreno circundante, que a veces es

muy marcado, más visible en Pocoios, tanto que la propia falda del cerro cortada a pico suele hacer las veces de pared. Casi siempre se hace necesario un escalón al entrar a la habitación y a veces dos. No diremos que son casas "semisubterráneas", pero sí que tienen muchas veces, el piso ahondado, rasgo morfológico de rancia ascendencia prehispánica. Otro rasgo que merece ser destacado, es el techo a dos aguas y los horcones y mojinetes. El teoteado, en sus diversas versiones es prehispánico como técnica que ha perdurado hasta nuestros días. Pero la duda se plantea en la forma. Las dos aguás ¿responden a préstamo cultural tomado de españoles o son eco del incanato? Nos inclinaremos por la primera posibilidad.

Podemos reconocer en el patrón de asentamiento una perduración del patrón que caracterizó a la población agrícola dispersa de tiempos prehispánicos, aún detrás de la aparente aglomeración más tupida de puerta de Huichairas. Las actuales chacras o rastrojos que en número variable cultiva cada familia, alrededor de dos a cuatro, están contiguas, y en uno de sus extremos está la vivienda de la familia. A veces los hijos se casan y siguen viviendo en el lugar construyendo otra habitación. Otras veces, construyen una nueva, y éste es el caso más frecuente, y se alejan de la casa paterna, para cultivar sus propios rastrojos que reciben de sus padres y/o arriendan o adquieren, pero a distancias cortas, como el caso mencionado de Don Quintino (padre) y Don Federico (hijo).

También ha perdurado lo que bien

podemos llamar funcionalidad aborigen de la vivienda. Sigue siendo casi el lugar obligado para pasar la noche o para refugiarse en los días en que la lluvia hace imposible cualquier actividad. Todo el resto de su tarea diaria la hacen los huichaireños afuera. Hasta el telar de Don Quintino está a pleno sol, no cubierto ni siquiera por una ramada. Ni hablar por supuesto de lo que nosotros acostumbramos a considerar como necesidades o comodidades elementales, como podrían ser camas, agua para beber o para higiene o la más simple construcción sanitaria accesoria: la letrina. La cama, de El Cardonal para arriba, casi no existe. Hay sí algún ejemplar aislado de cama de hierro, o alguna de tientos en puerta de Huichairas pero nada más. Agua de la acequia o del río. Suelen hacerse *pozos* o reservas luego de cada turno de riego, y se la almacena en grandes cántaros que duran varios días. Disponen lo indispensable para beber y para cocinar y nada más. Letrinas no hay directamente ni se conocen. Todo se hace al aire libre.

La habitación, casi siempre única, aloja a toda la familia que duerme hacinada sobre mantas y pellones, sino en el suelo en un *pozo* sobreelevado. Perros y gatos, si los hay, se mezclan con ellos. También algún cordero o chivo guacho. También hacen las veces de depósito y se guardan allí costales, arcones, ropas, arneses, herramientas, etcétera. En más de una ocasión hemos visto (Pocoios) a nuestra llegada, en horas de la mañana, sacar de las habitaciones a todos los chivos de poca edad donde habían pasado la noche y,

esa misma tarde, se utilizaba para dormir ¡por nosotros mismos!

Técnicas de construcción de paredes y techos, patrón general de asentamiento, distribución de ambientes y funcionalidad primordial de la vivienda huichaireña, responden a la concepción prehispánica y han sobrevivido a la fuerte corriente de hispanización y occidentalización que han venido sufriendo y sufren cada vez más intensamente. No resulta extraño entonces que pervivan hasta nuestros días las prácticas ceremoniales vinculadas con la construcción de la vivienda.

Sobre la base de la información recogida en las tres unidades de observación: Puerta de Huichairas, El Cardonal y Pocioios, se comprueba la vigencia más o menos plena de *la flechada*, en sus pasos fundamentales: colgar un huevo en una bolsa pendiente del techo, cada uno de los presentes y de los invitados debe tirar con arcos y flechas de palo (de juguete) pero ceremoniales, hacia el huevo y el techo; en el caso de acertar, lo que cae del huevo va a un "pozo" que luego recibe también ofrendas de diverso tipo y finalmente se tapa.

La fuerza ancestral de estos ritos alcanza a lugares cercanos, ya urbanizados. Hemos tenido oportunidad de ver en varias ocasiones, al inaugurar casas en el Pueblo Nuevo de Tilcara, como perviven en la actualidad en estratos sociales que los rodean con música moderna, bailes y comilonas hasta casi convertir el rito en un juego de salón, pero no por ello menos funcional.

Asociado a la protección o defensa de las viviendas encontramos las prácticas corrientes: pintar cruces con pintura roja o de otros colores, y a veces con sangre, en las paredes, colocar sobre los techos de las paredes, en los extremos de las cumbreras, cuernos de vacuno y/o ovejas; enterrar en las cuatro esquinas de la casa ofrendas para la Pachamama y, según nuestros informantes, "los abuelos sabían matar un chivito y enterrarlo en el suelo". La valoración y la interpretación de esta nómina de ritos se hace difícil porque nuestra información se refiere a muy pocos casos. Creemos que no es aventurado adjudicar cruces de sangre o de pintura al paquete de creencias populares traídas por los españoles, como así también la colocación de los cuernos entre los techos. En cambio la información acerca del sacrificio de animales o enterrar ofrendas que antes se hacía, orienta nuestras posibilidades hacia la búsqueda de un origen americano muy antiguo. Preguntados por las razones, los informantes no fueron muy precisos. "Hay que dar de comer a la casa, como se da de comer a la tierra". "Hay que corpacharla, de no puede fallar". Las cruces son "contra daños que pueden hacer algunas personas". Los cuernos "son contra el rayo". Estas explicaciones, ecos lejanos de un mundo mágico muy poblado, pertenecen, creemos, a dos orígenes distintos como dijimos.

Por encima de estas fragmentarias informaciones y de las débiles suposiciones que permiten, lo que sigue en pie es que el ceremonialismo vinculado con la construcción e inauguración de

la vivienda, encierra buena parte de su primitiva fuerza mágica preservativa, que debe actuar frente a otros imponderables que a veces se vinculan con la casa sólo por vecindad topográfica, pero que pueden ser fatales. Nos decía Don Federico al respecto: "Si el cuervo planea sobre la casa, señal que alguno morirá". "Si la gallina revolotea y se revuelca frente a la casa alguno morirá", y Don Quintino decía lo mismo cuando veía al *uco* (avechucho) que pasaba de largo en sus sonoros desplazamientos nocturnos, temiendo que en cualquier momento detuviera su vuelo sobre la casa.

---

---

## VI

---

---

Estrechamente ligado a vivienda, patrón de asentamiento, agricultura y ganadería está el régimen de posesión, laboreo y aprovechamiento de las tierras. Por de pronto, toda la comarca de Huichairas ha sido, salvo algunos predios no muy extensos, de una sola familia. El prestigio de los Q. está atestiguado desde tiempos de Don S. Q., abuelo de los actuales propietarios, cuya tumba preside un sector del cementerio pueblerino. En la actualidad los depositarios de bienes y hacienda están representados por Don R. Q. y Don M. Q.; su figura y rasgos personales fueron objeto de nuestra atención referida a propósito de la señalada cumplida en su casa. El resto de la gente son arrenderos de Q., o cuidan ganado de algún otro de los propietarios, como ocurre en Pocoios. Mucha gente de Puerta de Huichairas, ya he-

mos dicho, prefiere trabajar en Tilcara o Maimará.

Por lo general no existe legalizado formalmente, lo que podríamos llamar *contrato de locación y/o servicios*. La información que hemos recogido no es muy rica ni es definitiva, pero sí bien clara con respecto a dos lugares, El Cardonal y Pocoios. En cambio no podemos decir lo mismo sobre Puerta de Huichairas y eso que es en ese lugar donde está la administración. Claro que bien puede ser esa vecindad de los patrones, la razón de las reticencias, retaceos y aún hostilidad frente a nuestras preguntas. Hay pequeños propietarios y sabemos de alguno que "escribió tierras", pero no cómo, ni a quién.

El convenio con la gente de El Cardonal, Don Quintino y Federico, más las tierras de Lipan implican (1963) el pago de \$ 3.000 a H. Q., su patrón, y \$ 10 por cada animal, como derecho de pastoreo. La mitad de la hacienda que cuidan es de Q., pues es una de las obligaciones de los arrendatarios "cuidar la hacienda del patrón". En el momento de la señalada, cada dueño marca su hacienda e, inclusive, determina el lugar donde la ceremonia se lleva a cabo, como hizo Q. al señalar la casa de Don Federico como lugar de festejo. No deben trabajar para el patrón, pero nos aseguraron que en muchos lugares lo hacen, sin especificar dónde. Ante nuestra insistencia nos informaron que "en otras partes, hay que juntar leña", "cuidar a veces los rastrojos" y "ayudar en otras tareas en casa del patrón".

Todos los animales y el producto

agrícola y subproductos de la ganadería son fundamentalmente para el consumo, con las excepciones del caso, que son la única posibilidad local de conseguir dinero en efectivo para pagar arriendo y derecho de pastado. La otra posibilidad para todos ellos, es "changuear" en las chacras y trabajar en la zafra, de junio a octubre, lo que les permite "trabajando de sol a sol", traer de regreso cantidades que oscilan entre 20.000 y 30.000 pesos como capital, para todo el resto del año. De ahí el éxodo de los hombres, no sólo estacionario para la zafra, sino durante todo el año, en busca de mejores horizontes.

En Pocoios hay arrenderos y propietarios. Los S. según informó Esteban, arriendan sus tierras a los Q. a un precio de 500 pesos anuales por el rastrojo, mientras que por oveja o chivo debe pagar 8 pesos anuales por derecho de pastoreo, que aumenta a 40 pesos cuando se trata de cabezas de ganado vacuno. En época de señalada van al lugar los peones de Q. para juntarla y contarla, poniendo especial cuidado en el recuento "por si le esconden alguno". Las condiciones de explotación son duras en Pocoios y con frecuencia hay que hacer grandes esfuerzos para pagar, porque allí casi no hay hombres y las mujeres deben hacer todo el trabajo, salvo esporádicas contribuciones de Esteban S., o Sabino o Federico. A veces han debido pagar con bolsas de papas, para completar el poco dinero que pueden obtener vendiendo los quesos de cabra en Tilcara y sobre todo en Maimará.

Situación distinta es la de Simón

A., como propietario de tierras y hacienda. Tiene varios rastrojos, incluido uno del lado habitado y numerosos rebaños de cabras y ovejas. Su nivel es superior al de los S., tanto que éstos pastorean la hacienda de Modesta A. de la misma familia. La detenida observación de la señalada cumplida por nuestros colaboradores en Pocoios permite establecer una diferencia. Además, algún invitado como S. P., contratista y hombre de prestigio en la zona, que vive en Puerta de Huinchairas, es prueba de su status distinguido.

La figura de Santiago P. representa un elemento extraño del resto de la gente de El Cardonal y Pocoios. Es casi una contra figura de los Q. Tiene su casa en terrenos de la familia de su mujer, muy cerca de las vías del ferrocarril, tierras que originalmente les han pertenecido. Una sorda oposición V.-Q. puede adivinarse especialmente en Puerta de Huinchairas. La raíz debe ser la propiedad de la tierra. Hay una tradición de *viejos propietarios*, que seguramente enraizan en los primeros tiempos de la colonia, desposeídos, venidos a menos o sustituidos por otros, los más recientes, que en este caso serían los otros. Nos fortalece en esta opinión un hecho significativo: Doña Claudia, esposa de Don Quintino, hacía ya más de cuatro años "que se había ido a Maimará" donde "tenía más tierras desde muy antes", que "su padre la alquilaba a trabajar". Esto quiere decir que efectivamente hay propietarios cuyas posesiones deben diacronizarse y también su origen.

La cuestión de la posesión de la tierra constituye un problema en toda la Quebrada de Humahuaca, que se remonta a las primeras mercedes y encomiendas por un lado, y a las tierras que corresponden a los "pueblos de indios", cuestión sobre la que muy poco se ha trabajado. Las tierras de Huichairas caen dentro de las tierras encomendadas a Argañaraz desde el siglo XVI, por tres vidas. Siguió su hijo Francisco de Argañaraz y Murguía, y a su muerte, su hija María de Argañaraz y Murguía, que casó con Iñiguez, pasando a manos de éstos el señorío de Tilcara, a partir de 1631. Con posterioridad y por merced real, fue dueño hasta Huacalera, Juan Oliva de Zárate. Por 1702, es encomendero nuevamente un descendiente de Argañaraz, Antonio de Argañaraz y Murguía. Un censo mandado levantar, consigna que viven en el Curato de Tumbalaya, su jurisdicción, 968 personas, ningún esclavo y muy pocos indios. Pero finalmente, los pueblos de indios tenían sus caciques y sus tierras para cultivos. A fines del siglo XVI era cacique cristianizado Diego Viltipoco, hijo de Viltipoco I, que tomó ese mismo nombre. Luego fue cacique Francisco Viltipoco, su hijo, y luego alrededor de 1635, Diego Chapor, al que suceden Juan Vilte y Nicolás Vilte, hasta más allá de 1700.

El proceso, de aquí en adelante, no lo vemos muy claro. A partir de la segunda mitad del siglo XVIII, viene una segunda oleada de españoles, que recibe nuevas mercedes, de las que nacen grandes latifundios para el siglo siguiente. Pero también hay una olea-

da que viene de la Puna y de Bolivia, de la que llegan a ser propietarios algunos, mal recibidos por los pobladores nativos, muy venidos a menos en número y en extensión de tierras.

Estos que hemos llamado "pobladores nativos" bien podían ser los descendientes muy mestizados de los viejos pueblos de indios. Vilte, Chapor, Apasa y Doña Claudia, cerca de Maimará, son cuatro propietarios que creemos pueden suponerse como viejos poseedores de las tierras de los "pueblos de indios", que cultivan y aprovechan como pueden. Serían los restos de la vieja tierra comunal de los "pueblos de indios". Q. representa la oleada puneña resistida. Falta en Huichairas la presencia del gran terrateniente de origen colonial típico, como se da en otros lugares. Por eso nos inclinamos a suponer que el núcleo de Huichairas ha sido "pueblo de indios" sometidos y muchos de ellos muy mestizados con blancos. Hay una conciencia local en muchos pobladores que se traduce en actitudes y comportamientos. No resulta demasiado hipotético cuando viven familias del mismo apellido todavía (Chapor o Chaqui, Vilte, etc.).

Refiriéndose a algunos apellidos y personas, un tanto marginadas, decía Don Federico "son gente de la Puna". En tiempo de carnaval, cuando llegaba el carnaval a su casa, donde estuvimos alojados, haciéndose eco de las preocupaciones del autor con respecto a posibles conflictos, dijo "Aquí en mi casa no va a tener problemas. Aquí nos respetan. Nosotros somos blancos, blancos como ustedes". Como contrapartida, otro de los pobladores de Puerta

de Huichairas, en camaradería de señalada, expresó: "Ustedes son blancos y nosotros negros", lo que contribuye a marcar una diferencia por pauta de color que bien merecería ser rastreada con mayor profundidad. También es notoria la segregación, claro que no muy agresiva, para los bolivianos o "coyas", término que tiene una fuerte carga despectiva, que a veces asume tonalidades de verdadero insulto.

En los últimos tiempos ha tomado cuerpo una nueva manera de tener acceso a la propiedad de la tierra. Consiste en la ocupación de tierras "sin dueño", o sea tierras fiscales, que son cultivadas primero y luego ocupadas definitivamente con una vivienda construida al efecto, para reclamar luego su propiedad como un hecho consumado, con éxito casi siempre. Este procedimiento lo hemos comprobado en toda su magnitud en la playa del río Grande, sobre la margen en la que está el Pucará de Tilcara. Estimamos que la ocupación de las tierras sin dueño, de la banda Norte de la que nos habló Don Federico, siguió por los mismos cauces.

Respecto de la propiedad de las viviendas que han construido ellos mismos, propietarios y arrenderos, no hay duda ni se cuestiona; lo mismo ocurre con el producido agrícola, con el ganado y con los subproductos de su explotación y con las herramientas de trabajo.

Conspira contra la ampliación de los campos de cultivo la falta de agua para riego, razón determinante de la decadencia de la agricultura en la comarca. De años atrás estaba la cons-

trucción de una nueva acequia que tomaba el agua muy arriba, en Pocoios, que últimamente (1962) había quedado bajo un capataz, líder político a la vez del partido gobernante, que era Don Cipriano. A raíz del cambio de gobernante, la obra había quedado suspendida hasta el momento de nuestra visita.

No existen casi trazas de explotación o de instituciones de tipo comunitario. Podría pensarse que los terrenos de pastoreo a mayores alturas son terrenos comunes en ciertos lugares que especialmente no son ocupados por sus dueños. Podría pensarse que el santo local, el San Juan de los S., es el viejo santo patrono de la comunidad, en cuya celebración se han integrado ritos católicos y aborígenes, con predominio de éstos, a juzgar por la interdicciones de que ha sido objeto en las últimas celebraciones por parte de las autoridades de la parroquia y podría pensarse que el juez de aguas es una suerte de magistrado de la vieja estructura comunal.

A este respecto, caben menos dudas. Este *juez de agua* antes de ser un funcionario municipal, en lo que se va convirtiendo en muchos lugares, es un funcionario local, comunal. En Huichairas es elegido por los vecinos (ob-sérvese esta denominación tan definitiva para la época colonial) en elección directa y sus funciones duran un año. Su mandato no puede ser revocado, aun cuando su desempeño no sea satisfactorio, cosa que suele ocurrir con frecuencia, pues no se resiste a la tentación de favorecer sus propios sembrados. Su función específica es la

de supervisar y hacer observar rigurosamente los turnos de riego en tiempos de invierno especialmente, cuando el agua es escasa. El mantenimiento y limpieza de las acequias corre por cuenta de los vecinos. El juez de agua va siendo reemplazado por funcionarios oficiales en la medida en que los servicios de Agua y Energía van tomando a su cargo los trabajos de riego y de provisión de agua.

Fuera de estos pálidos y casi inexistentes vínculos de conjunto casi podemos decir que más allá de los lazos familiares existe una falta total de cohesión o integración comunitaria que muestra un avanzado estado de desintegración y de conflicto en los aspectos económicos y sociales, familiares y religiosos. Es un poco la lucha por poseer la tierra, por tener un poco más de agua, por tener más cabezas de ganado. Es la impotencia frente a la sequía, o la falta de trabajo, o la falta de efectivo, que pone en peligro la posibilidad de hacer frente al pago del arriendo. Es la frustración frente a la otra vida que ver circular por la Quebrada de Humahuaca o en sus periódicas migraciones en busca de trabajo a los ingenios y las fábricas. Es la vieja estructura económica, social y familiar que iba de acuerdo con la organización básica de la explotación agrícola pastoril, que ya no funciona. La economía de mercado, la economía de la oferta y la demanda regulada por el dinero circulante, ha dado "antarcas al suelo" con el trueque y el autoabastecimiento y simultáneamente el resto de las categorías han sufrido el efecto. Sólo un nuevo ajuste podrá

rescatar del despoblamiento y decadencia a los Huichaireños. Este nuevo ajuste podría venir por una nueva concepción del aprovechamiento y explotación de la tierra, sobre la base de una tarea racional y técnicamente dirigida, con fuentes de trabajo remuneradas y enseñanza adecuada. Entre tanto, cada día más, la cohesión de los Huichaireños se va diluyendo, como se va diluyendo el ceremonialismo propiciatorio, vista su inutilidad cada día mayor.

---

---

## VII

---

---

La unidad social de Huichairas es la familia, sujeta cada vez más a las contingencias externas que van minando su cohesión intrínseca, aunque la fortaleza de los lazos de sangre en muchos casos siga siendo extremada. Por de pronto, la gran familia o familia extendida, está en franca disolución. Don Quintino, jefe virtual de una gran familia, "reina pero no gobierna".

Vive prácticamente solo, pues su mujer, instalada en sus tierras de Maimará, lo visita periódicamente. Su nuera, la esposa de Federico y una de sus hermanas vienen día por medio a pastorear el ganado que pertenece tanto a Don Quintino como a Don Federico y al patrón. Es respetado y considerado por sus hijos, que no lo tutean, y se preocupan de concederle siempre el mejor lugar para sentarse o la mejor parte de la comida, pero más bien a manera de cortesía formal que como manifestación de afecto, por lo menos lo que nosotros consideramos como

tal. La nuera lo llama por el nombre "Don Quintino" y su trato para con él no manifiesta ninguna actitud particular. Entra, sale, se mueve y trabaja naturalmente. Los nietos, chicos entre 5 y 6 años y 10 ó 12, lo acompañan en la *pajareada* o van con él a buscar leña, aparentemente, con sumisión y respeto, pero por detrás se ríen y se burlan. Las decisiones importantes tanto como las decisiones rutinarias son tomadas por Federico que es el hijo mayor. Aún en el caso de la señalada, la figura principal fue Federico, en cuya casa se llevó a cabo. Sólo se reservó a Don Quintino un rito principal, encender y manejar el brasero que hizo de *sahumador* desde el comienzo hasta el final. El otro hijo, Don Esteban, que vive con su familia en el Pucará (Tilcara), pasa con frecuencia en sus viajes a Pocoios, saluda y visita pero su contacto con Don Quintino no es tan cercano. En cambio representa un papel más significativo en Pocoios, donde está la familia de su mujer, encabezada por Doña Carmen. En época de cosecha, vinieron a casa de Don Quintino, Don Federico y sus hijos y más tarde su mujer, para cumplir con la tarea entre todos, pero nada más. También vino Federico cuando le ayudó a hacer su chicha. Sólo una noche de carnaval estuvieron todos juntos.

Persiste la relación entre Don Quintino y sus hijos con sus respectivas familias, funcionando como lazo de sangre y cooperación en ciertas tareas. Cada una de las otras familias constituye a su vez una unidad independiente. La autoridad de Don Quintino, es, en la práctica, nula. Por lo poco que

hemos entrevistado casi daría la impresión que es mayor el ascendiente, sino la autoridad, de Doña Claudia la madre, que la del padre. A su vez, la relación entre las familias de sus hijos son cordiales, pero como unidades independientes de todo otro tipo de relación. Se ven con frecuencia, a veces diariamente, conversan y nada más. Sus hijos, en su propio nivel, poco se ven y poco contacto tienen. El trato entre hermanos y entre cuñados es más bien ceremonioso y parco, como obedeciendo a ciertas reglas no explícitas, que sólo hemos visto hacer a un lado en fiestas de señaladas o en carnaval, cuando ya el alcohol había hecho olvidar o reemplazar los comportamientos habituales.

Esta situación se refleja en el nivel económico y de vida. Don Esteban, por razones que detallaremos más adelante, ocupa un nivel superior. Su status particular, más su asignación mensual estable y la vivienda que ocupa, le han permitido acumular un cierto grado de prestigio, que es suyo y de su familia propia. Don Federico, económicamente, está en inferioridad de condiciones pese a su casa de El Cardonal, su casa en Lipan, sus pequeños rastrojos y rebaños, sumados a su condición de hijo mayor, todavía respetada formalmente, que en la práctica no vale de mucho, le confieren un status distinto, pero de prestigio ante sus familiares cercanos y más o menos lejanos. No así frente a los restantes pobladores entre los cuales las simpatías que goza no son generales; su actitud corriente de altivez y la relativa frecuencia con que se refiere a su color le han grangeado no

pocas antipatías. Por último en virtud de ser jefe de la familia, Don Quintino cierra la escala planteada. Tiene su casa, sus rastrojos, sus animales. Hasta hace poco tejía. Ahora, en su vejez, vegeta y queda un poco al arbitrio de la buena voluntad de sus hijos.

La tierra está dividida, la producción agrícola es independiente y la ganadera también. La familia se reúne parcialmente en ciertas oportunidades. Padre y madre, los mayores, sólo conviven esporádicamente. Las generaciones más jóvenes, a nivel de nietos, casi no se tratan. Cada unidad familiar vive un poco al margen de la otra. Sin embargo el lazo familiar, en cuanto lazo de afecto y de consanguinidad sigue siendo fuerte. También perdura la noción de formar parte de un tronco familiar determinado, la gran familia, que se puede reconocer en la solidaridad de sangre en ciertos frecuentes conflictos y rencores entre algunas familias (Viltes y Sajamas; Sajamas y Rivero; Viltes y Quispe).

La situación en Pocoios proporciona un cuadro muy especial en lo que a la organización familiar se refiere. Allí viven casi exclusivamente mujeres, que Doña Carmen maneja con habilidad y firmeza. Viven con ella Lidia, Marta, Faustina y Desideria. Las acompaña, en calidad de agregado, un hombre maduro: Don Gervasio, que pese a un defecto de la mano derecha, cumple con las tareas agrícolas más pesadas, como el riego, por ejemplo, y el cuidado de los rastrojos de maíz y de papa. El rol que juega este varón salta a la vista, además de sus tareas específicas. Sin embargo, no aparece oficia-

lizado, ni siquiera a manera de *amanamiento*. Está, y su presencia es natural. Su actitud es como la de un miembro más de la familia, nunca la de un jefe de familia, ni siquiera, la de quien podría compartir autoridad con Doña Carmen.

Esta es la cabeza de la familia. Es obedecida sin chistar. Domina las tareas agrícolas y pastoriles y dispone a su arbitrio de bienes y de situaciones. Hizo su propia chicha a la antigua usanza (muqueada) y hasta hace poco fabricaba sus propias ollas. Recibe con frecuencia la visita de Don Esteban, casado con una de sus hijas que viene a desempeñar allí el rol de hijo ausente. Desde alguna ayuda económica, en dinero o especias, hasta el torteo de los techos, en todo interviene y actúa Don Esteban. La situación es relativamente común, pero en este caso especial merece ser considerada desde otro ángulo. Hemos observado atentamente su comportamiento en casa de su suegra. Se maneja como dueño de casa y como si fuera el padre o el hermano mayor de sus cuñadas, a las que vigila y cela intensamente.

Observando con mayor atención en otras oportunidades, en otras familias y por información complementaria recogida *a posteriori* en otros lugares de la zona hemos anotado que, en un caso por lo menos, el yerno, además de su papel de hombre con autoridad y útil a sus suegros, es ejemplo de poliginia sororal, que no parece repercutir ni en la madre de sus cuñadas, ni en sus allegados, ni tampoco en los cortejantes o los candidatos. Hemos tenido oportunidad de observar personalmen-

te la llegada de uno de estos cortejantes, el comienzo de la conversación, los primeros galanteos, los primeros acercamientos cada vez más audaces, los sucesivos juegos de arrimarse y de ser rechazado y finalmente la partida hacia el cerro de la pareja. Y, al otro día, a la misma mujer, mientras lavaba en su batea de palo, acceder al mismo tipo de juego de cortejamiento y galanteos con su cuñado, en su propia casa, que terminó del mismo modo. Otros informantes confirmaron la existencia de relaciones sexuales entre esa persona y sus restantes cuñadas, lo que nos induce a la calificación de este fenómeno que, de todos modos, no excluye la posibilidad de que no responda a nada institucionalizado, sino simplemente a comportamiento individual tolerado.

En una de las otras familias, en Chaquihuaico, hemos detectado una especial significación del yerno, aunque no la poliginia supuesta. En efecto, según la información recogida por nuestros colaboradores en Pocios, Don Guillermo debió pedir permiso a su hijo político para poder aceptarlos como padrinos de rutichico. Al mismo tiempo la autoridad de este yerno, en su propia familia y como hermano mayor, se ve confirmada por el hecho de que su propia hermana, Jacoba, debió pedir permiso semejante "porque él es el hombre y es el que manda". Hemos consignado estos datos fragmentarios porque nos ha parecido conveniente tener nota de ellos, considerando que en otros lugares de la zona (Juella, por ejemplo) nos dan un cuadro familiar que difiere bastante.

En Puerta de Huichairas la infor-

mación recogida no es mucha y da la idea de la familia corriente: padre, madre, hijos, pero siempre la familia reducida, no la gran familia. Palabra aparte merece la pareja en cuya casa nos alojamos. Una pareja mayor, más allá de la cincuentena, que viven juntos. Ella viuda, y él también, que han unido sus vidas y las comparten. Por mutuo acuerdo y consentimiento. Una simple unión matrimonial, sin ceremonias y sin papeles, sin visto bueno religioso, pero con el consentimiento tácito de la comunidad y de sus respectivos parientes. No es ya un matrimonio de prueba. Y a esa edad, casi ni es amañamiento. Es, ni más ni menos que la unión de dos personas que han decidido compartir sus destinos.

Es manifiesta una tendencia notoria a la endogamia, tanto geográfica, calificando así a la tendencia a buscar esposa en la comarca, como de grupo. Son muy frecuentes los matrimonios consanguíneos, aún entre primos en primer grado. Pero como esto viene de muy atrás, no siempre estos lazos pueden comprobarse. Aunque existe la seguridad de que, más cercanos o más lejanos, todos los del mismo apellido son parientes, no es posible determinar el grado, salvo en los más allegados. La consanguineidad determina que el porcentaje de malas conformaciones físicas, deficiencias mentales y proclividad a ciertas enfermedades como epilepsia, tuberculosis o deficiencias ~~in-~~ fáticas sean muy evidentes. La promiscuidad suele agravar estas cosas y constituye, lo mismo que la relativa facilidad para el contacto de los sexos, a

la alta frecuencia de enfermedades venéreas.

Las relaciones entre los miembros de la familia en la nueva generación, merecen una palabra aparte. Hemos observado con atención el trato entre Federico y Eulogia y entre ellos y sus hijos. Entre marido y mujer, trato respetuoso, casi diaria formal, pero no por ello sin afecto. Hablando de su marido dice "Don Federico" o a veces "Federico". Aparentemente existe una total sumisión de la esposa al esposo. A su vez, el esposo trata también formalmente a su mujer. Alguna vez, refiriéndose a ella dice "la Eulogia", o, muy raramente, mi mujer. Ambos son muy cariñosos con sus hijos, demostrando preferencias notorias por los hijos de su sexo respectivo. Especialmente Federico y su hijo mayor, de unos nueve años de edad, en quien ve ya y a quien trata como el hombre que será algún día. Es interesante poner de relieve que, con mucha frecuencia, no lo tutea, especialmente cuando está instruyéndolo en alguna tarea o transmitiéndole algún otro tipo de conocimiento oral y auditivo, como en el caso de los toques de bombo que ya hemos mencionado. Los niños, a su vez corresponden a ese cariño y a esa inclinación del mismo modo.

No es nuestra intención generalizar sobre la base de estas observaciones pero sí queremos hacer alguna diferencia para apreciar bien su valor. La relación padres e hijos y la de hijos-padres, hemos tenido oportunidad de verla en funcionamiento varias veces sin que los interesados lo supieran. En cambio la relación esposo-esposa siem-

pre fue en nuestra presencia de modo que su comportamiento puede no haber sido el habitual entre ellos y a solas. Esa misma pareja en la señalada, consciente plenamente de su papel ritual, funcionó ajustadamente como hombre-mujer, marido y esposa. Pero después, en la fiesta y durante el carnaval que seguimos durante toda la semana, fueron totalmente independientes, salvo cuando la gente llegó a su propia casa y la atendieron los dos como anfitriones. Los chicos que a espaldas de su abuelo se ríen o lo ignoran, respetan a sus padres aún en su ausencia o cuando, como durante el carnaval, en el que ellos no participan, pierdan aquéllos su serenidad, templanza y sobriedad.

La estabilidad del vínculo familiar es notoriamente fuerte. La mayoría están "civiliaos", o sea, han cumplido con el requisito del matrimonio civil, ante las autoridades. Muchos otros están simplemente "amañados", lo que no obsta para la permanencia de la familia. Alguno dice que "está acompañado" por fulana, es decir por la que oficialmente aparece como su esposa, madre de sus hijos y hermana de los que él mismo llama cuñados. El que llamaron los españoles "matrimonio de prueba" seguramente persiste, como lo hemos comprobado en otras partes (Punta Corral, por ejemplo), pero como a veces resulta tan difícil distinguirlo del simple amañamiento o compañía, que externamente no deja diferencias, no nos fue dado confirmar su existencia "de visu". Y a vista de nuestras observaciones, el casamiento religioso dista mucho de tener gran

significado, cosa que no ocurre por ejemplo en el bautismo.

Casos de separación o divorcio, tal como nosotros lo entendemos, no son comunes y no tuvimos oportunidad de comprobarlos en esa dimensión. Tuvimos conocimiento directo de dos casos muy particulares de ruptura del vínculo familiar o matrimonial. El primer caso, único que conocimos, podría ser interpretado como un caso de *repudio*: el hombre abandonó a su mujer porque ésta "le había negado el vientre". El resto de la gente pareció admitir la causa como justa y valedera, sin mucho averiguar las circunstancias, aunque los hermanos de la abandonada protestaron y amenazaron, protestas y amenazas que a nuestro juicio fueron motivadas más por razones de defensa del prestigio familiar que por la acción misma. El segundo, caso, es concretamente un caso de abandono del marido por parte de la mujer. Esta dejó a su marido para juntarse con otro hombre, y tuvo que afrontar el rechazo de las mujeres de su grupo, manifestado no tanto en la exclusión de su trato, sino en una especie de aislamiento en los círculos de parentesco ceremonial: fue excluida conscientemente como candidata a madrina de un rutichico por esa razón específica. Y resulta muy significativo que en ese mismo grupo, otra mujer cuyas condiciones de liberalidad con el otro sexo son bien conocidas, no tiene problemas de relación. A lo sumo sonrisas maliciosas de algunas y sonrisas cómplices de los hombres, cuando se habla de ella, pero no rechazo efectivo ni mucho menos.

La posibilidad de nuevos matrimo-

nios sí es un grave problema para las mujeres jóvenes, especialmente las que están aguas arriba de Puerta de Huichairas, no sólo por la escasez de hombres sino por el éxodo constante de los jóvenes con quienes podrían casarse. La posibilidad de relaciones pasajeras y ocasionales es bastante frecuente en fiestas o aún el simple cortejo en oportunidad de una visita, caso que ya hemos ejemplificado, pero el matrimonio, en el sentido de "unión estable", se hace cada vez más difícil. Esperan con gran ansiedad y esperanza las grandes posibilidades como el carnaval, la fiesta de Punta Corral o la de Humahuaca, para dejar su lugar habitual y tener oportunidad de encontrar su hombre. Aspiran a cambiar de vida. A dejar su cerro. La que no tiene una prima que sirve en Jujuy, tiene una hermana que vive en Buenos Aires. Otra, dice "que no le gusta el cerro porque es muy aburrido" y que sueña con vivir en el pueblo. La de más allá, prefiere vivir en la quebrada más que en el campo. Las más viven de los recuerdos de la última vez que fueron a Humahuaca para la fiesta de la Candelaria o de cuando fueron prometidas a Punta Corral. ¡Qué distinta aspiración la de la otra generación! Doña Carmen por ejemplo, dice que "no le gusta vivir en el pueblo porque allá todo es (a fuerza de) plata". El panorama trágico se agudiza. Se fueron y se están yendo los jóvenes. Están empezando a irse las mujeres y los que quedan, lo hacen porque no tienen más remedio.

La madre soltera, o sin hombre, debíamos decir con mayor justicia, es co-

rriente, como consecuencia directa de la situación carencial que hemos puesto en evidencia. Pero su situación no le representa ni marginación ni rechazo. Cría a los hijos como puede y en cada una de las ocasiones necesarias, no tiene inconveniente para integrar los padrinzos y compadrazgos como si no existiera ninguna diferencia con los otros casos. Tampoco, el hijo, con el correr de los años, tiene mayores problemas. Su filiación no le trae complicaciones. Se lo conoce por la madre, o por el padre si ha sido reconocido, o directamente con el apellido materno.

A través de la información que hemos venido comentando estimamos claramente demostrada una de nuestras premisas en este acápite: la gran familia extendida, se ha desintegrado. Tanto en sus vínculos familiares propiamente dichos, que si bien no han desaparecido le han restado su cohesión, como unidad económica. Cada familia nuclear se las arregla por sí. Viven cerca, pero como unidades independientes. Ya sólo excepcionalmente se unen para tareas comunes.

Las familias nucleares de los hombres de alrededor de los 40/45 años de edad, apenas si sobreviven. La presión económica es tan grande que la gran mayoría debe ir a trabajar a los ingenios o a el algodón, buena parte del año, a veces, con mujer e hijos, para obtener un poco de dinero. Y éste conspira también contra la unidad, estabilidad y cohesión del nuevo tipo de familia.

Los más jóvenes, emigran a otras tierras, cercanas o lejanas y a los grandes centros industriales y hasta nues-

tra capital. Alguna que otra mujer, también emigra, a Jujuy o a otras ciudades, en busca de trabajo. Las nuevas uniones son cada vez menos. Tal vez, las familias de las que formaban parte, quedan sólo con viejos y con los más chicos. Las mujeres que quedan deben hacer de hombre, de mujer, de padre, de madre, de pastor, de agricultor. La diferencia de las generaciones es abismal. Ha desaparecido por completo la comunicación entre unos y otros. La generación que frisa en los 60/65 años, ahora los viejos tiempos (Don Quintino y Doña Claudia). Sus hijos (Federico y Señora) luchan por conservar su status y su prestigio, intentando la asimilación al grupo superior ("blanco"), segregándose de su propio grupo, con resultado no muy favorable. Otros de la misma generación (Cipriano) que han tenido mucho contacto con la ciudad y con gente de ella, han puesto su negocio, con la soñada meta de emigrar. La generación posterior, es la que emigró. Los hijos de los que se quedan ¿qué suerte correrán?

La situación en Pocolos, no es muy distinta. También faltan hombres. Sobran mujeres. No hay nuevas uniones. Las mujeres también sueñan con irse, no tanto en formar otra familia. Y en Puerta de Huichairas, el problema en cierto modo, es el mismo, pero trasladado a otro ambiente: Tilcara que funciona como centro urbano.

Si como hemos hecho al tratar otros aspectos de la cultura y sociedad huichaireña, dirigimos nuestra mirada hacia el ceremonialismo vinculado con la familia, con el matrimonio, con la sim-

ple unión de las parejas, el panorama es también desolador. No hemos podido detectar nada del rico ceremonial que en regiones vecinas perdura hasta las primeras décadas de este siglo, tanto los de nuestro país como de la cercana República de Bolivia. Por el contrario parecería que el ceremonialismo vinculado con la familia que más se ha conservado, es aquel vinculado con la protección o seguridad y no el más típico que sería aquel de la fertilidad y protección. En efecto, los complejos ceremoniales de índole familiar que se mantienen con más fuerza, son este orden, bautismo, rutichico, funebria. Si pensamos que el bautismo, de neto origen cristiano, ni siquiera está generalizado y sólo asegura la salvación del alma; que el rutichico, que puede en cierto modo asegurar cierta cantidad de bienes materiales hasta dinero y ganado, va perdiendo vigencia; y que el complicado ritual mortuorio está vastamente penetrado por el catolicismo que ha teñido las viejas prácticas referidas a la otra vida, aunque no tanto como para hacer olvidar la situación en la que ya no están, se puede deducir que la institución familiar está en grave crisis de disolución y se relaciona directamente con la presentación de la situación económica y social que ha precedido esta parte de nuestras notas.

---

### VIII

---

Las fiestas que ya los manuales han determinado designar como "fiestas tradicionales" constituyen otra faceta de la vida huichaireña ligada íntimamente a las demás actividades, por

cuanto todas ellas, en mayor o menor grado, se vinculan con el ceremonialismo que las penetra con profundidad variada según hemos ido analizando en los capítulos anteriores. Nuestra información, resultado en algún caso de observación directa, en otros, de informantes, y en otros de datos bibliográficos, nos va a permitir una serie de sugerencias que esperamos contribuyan a estudiar el significado preciso y funcional de alguna de esas fiestas, más allá de lo que tienen de *reunión y espontánea alegría popular*. El intenso enduido católico que ha ido consolidándose a través de los siglos ha condicionado el calendario festivo a sus exigencias litúrgicas, llegando en muchos casos a enmascarar, sino a absorber total o parcialmente algunas fiestas de rancia estirpe aborigen, por eso y respetando la corriente que priva hoy para tratar el tema, ordenamos la exposición según las *fiestas de calendario*, a los efectos de que nuestro pensamiento pueda ser debidamente seguido.

El tiempo de Adviento y la Navidad constituyen sin lugar a dudas, un tiempo de regocijo cristiano que ha penetrado hondamente y como tal, es celebrado en la Quebrada de Humahuaca y, lógicamente, en Huichairas, pero no como una festividad local, sino subiendo a las parroquias, ya sea de Tilcara o de Maimará. Varios días antes en algunas de las casas se levantan pesebres que son visitados por algunos de los vecinos hasta el día de Reyes. Sin embargo, la mayor celebración lleva a la gente a los lugares poblados. Tanto que hasta hace poco, algunos de los santos

locales eran llevados en procesión a adorar al niño Dios, en los nacimientos elevados en los templos. Alguna traza autóctona pugna por sobrevivir, pero casi ahogada. Chicha y coplas complementan el marco de una alegría que trasciende el nacimiento del niño Dios en su significado católico, las más de las veces fuera de la posibilidad de ser comprendido por gentes, que en su gran mayoría, no han sido preparadas ni entienden gran cosa del advenimiento del Salvador. No es una fiesta más, oportunidad de olvidarse o escaparse de la dura vida que padecen, sino un eco de viejas fiestas de raigambre agraria que se celebraban por esos tiempos en épocas prehispánicas (Capac Raymi). Sólo los casos de duelo reciente constituyen un impedimento para la participación activa en la celebración. Decía uno de los informantes que "no cantó coplas para Navidad porque estaba de duelo por la muerte de su madre".

La *fiesta por excelencia es el Carnaval*. En eso todos están de acuerdo, aunque reconocen que otras, "las Pascuas" son también "fiestas lindas". También está vivo el recuerdo de los *jueves de comadres y de compadres* con el significado pleno que tenía en el tiempo viejo y hemos visto como se celebra, cuando se celebra en la actualidad. Se adornan los techos de las casas y los dinteles de las puertas con hojas y flores y las cajas con hojas de maíz y cintas de colores. Muchos compadres cercanos se visitan ceremonialmente y se consume chicha, alcohol y cigarrillos, y buena comida. Poco funciona ya de esto. Sale muy caro, cada

vez más, hacer moler el maíz, preparar la chicha, comprar bebidas y preparar comida para tantas personas. Dijo Eulogia que "jueves de comadres y compadres ya no se celebran en el cerro; abajo, sí". También Don Gervasio añoraba sus años mozos cuando "Debía hacerse antes, porque aquí ya no hay fiesta ni para comadres ni para compadres". Esta aparente contradicción, que se conserve abajo y no en el cerro, está explicada porque la gente vinculada al centro urbano y sus propios habitantes, están en mejores condiciones económicas y, además, van convirtiendo un acto ceremonial en un motivo para reunión social. Jueves de comadres y compadres, por su vecindad y seguro por integrar una estructura ceremonial muy compleja, están estrictamente vinculados con la señalada y a su vez, con el Carnaval. Paralelamente, no es coincidencia que como dijo Doña Carmen "para comadres ya hay chicha" que dura hasta el fin de Carnaval. La chicha es un ingrediente que no falta en ninguna de las fiestas que citaremos, como no falta "la copla" y no falta tampoco la coca, ya sea para ser consumida, o para ser ofrendada.

Respecto del Carnaval no insistiremos en su descripción ni en su comparación con otras regiones de Europa o de Asia. Hemos participado toda la semana de Carnaval propiamente dicha y hemos compartido la preparación de la chicha en El Cardonal, desde ir a buscar leña hasta cuidar el fuego durante tres noches y tres días. Hemos recorrido casa por casa y hemos "recibido", si nos es lícito decirlo,

el Carnaval en casa de Don Quintino; la habitación que ocupábamos nosotros alojó al carnaval de "la banda" toda la noche del domingo. Hemos participado y observado, bailado, cantado y bebido. Horas interminables de copla y de caja, hombro con hombro, cara con cara. Un grupo que canta y baila, otro que duerme en el suelo, varios que han caído sobre nuestras bolsas-cama. No hay diferencias de clase, no hay diferencias de trato. Hay una transfiguración completa en cada uno de los participantes. El monótono ritmo contribuye a completar ese especial estado de casi desdoblamiento o alucinación que pone de manifiesto una excitación que aumenta a medida que aumenta el consumo de chicha. En un momento dado desaparecen las barreras que se habían ido haciendo cada vez más débiles. Fuimos un solo grupo. No una sola persona, sino cinco personas del grupo que carnavalemos junto a los otros a los huichaireños. En un momento dado había en esa habitación más de treinta personas, sin contar la rueda central, cuyo coplero era sustituido periódicamente, y Doña Claudia con su bandera y su inagotable repertorio de coplas. Unos durmiendo, como los chicos o las guaguas; otros saturados de chicha y alcohol o vino, o ginebra, con ojos dilatados, bailando y cantando automáticamente; no importa si son hombres o mujeres. La actitud es igual. No falta ni siquiera el ribete orgiástico, en cuanto alguna pareja desaparece del corrillo se pierde en la oscuridad si es de noche, o entre las piedras si es de día.

La observación participante de esta

oportunidad, que no es la única, sino que la hemos repetido en distintos lugares y años en el medio urbano de Tilcara, nos refuerza en la necesidad de enfrentar esta fiesta con otro ángulo, es decir, despojándola de todo el ropaje externo de pintoresquismo y de significación que se refieran al Carnaval importado de Europa y su concepción de fiesta licenciosa y "de diablo suelto" con que fue sindicado por el cristianismo. Creemos que para plantear concretamente esta cuestión, corresponde primero delimitar con claridad el sentido del término "fiesta" y segundo, intentar reconocer algunos de los componentes importados no impuestos por la religión en esta fiesta que estamos empeñados en aquilatar.

Este Carnaval "la fiesta más importante", como dijo Jacoba, tiene una trascendencia de mayor envergadura que en otras partes del país y del mundo. Pensamos que en origen, local, autóctono, virgen de contaminaciones, ha sido un Raymi; una de las fiestas mayores de la nómina que recogieron los cronistas españoles en el Perú o describiera Huamán Poma de Ayala. Fiesta mayor que implicaba una liberación transitoria de toda atadura formal, de jerarquía, de clase, de instintos o de inclinaciones, que espantó a los sacerdotes españoles, que trataron de desvirtuarla o abolirla sin mayor éxito y, por razones de vecindad calendárica, asimilaron a lo más parecido que ellos traían en su paquete patrimonial de conquistadores: el Carnaval europeo. La fiesta que subyace en este carnaval refugiado en los cerros, es algo más que el carnaval europeo y es una

*fiesta* con otro sentido. Así concebido, se explica su extraordinaria perduración, basada una vez más, en su funcionalidad, perceptible todavía en las comunidades campesinas. Es la fiesta por antonomasia porque es una semana de liberación, de licencia, de desenfreno, de orgía, de borrachera, durante la cual deja atrás su drama económico, social y cultural. No importa el trabajo; no importa si el poco dinero que ganó durante el año se le va en dos o tres días; no importa si la guagua dejó de existir mientras la madre hora tras hora, y día tras día, bailó y cantó ininterrumpidamente (lo hemos visto así). Son días en los cuales el orden natural se altera, por encima de las normas y pautas corrientes ahora, como cuando se hacía lo mismo en tiempos prehispánicos. Y así concebido, muchos de los elementos que juegan en el Carnaval pueden identificarse como de tipo ritual aborigen y no europeo. Algunos de ellos, le son propios y otros, compartidos con otras festividades o celebraciones.

Pero todas ellas han sido fuertemente teñidas por una europeización, preferimos esta designación a la de hispanización, tan intensa que casi han hecho desaparecer su real origen. El resultado de este proceso trajo una nueva configuración para el Carnaval en todo el *ámbito noroéstico* tan asociada y vinculada a esa zona del país, que parece que siempre estuvo ahí. El "Carnaval en el Folklore Calchaquí" de Cortazar (1948), nos inhibe para cualquier otro agregado al respecto. Sólo hemos pensado que el Carnaval Noroéstico, del que Huichairas forma

parte, que hunde sus manifestaciones visibles en el siglo de oro español por sus coplas y sus modismos idiomáticos y en Europa toda por medio de su caracterización externa; que está tan vinculado con comadres y compadres y tan cerca de la señalada; en el que apuntan tantos relictos de viejos ritos agrarios sin que falte la presencia de Pachamama y la figura del Pujllay: el que durante todo el año se recuerda y se espera, perduran los rasgos de una celebración de rancia estirpe andina, celebración que, originalmente, participó de las mismas connotaciones que cita Cortazar en su erudita monografía como antecedente del Carnaval que trajeron aquí los conquistadores y que al sobreponerse dio como resultado la "fiesta por excelencia" que hoy analizamos. Fiesta general, colectiva, de toda la comunidad, de todas las comunidades, de todo el Noroeste, aunque día a día vaya perdiendo algo de su significación y se vaya haciendo más difícil rastrear su total integración.

Esta posibilidad que planteamos nos ha sido sugerida analizando las observaciones de Valcárcel (1947), sobre el calendario andino y contraponiéndolo al calendario gregoriano, con especial atención a los meses Jatun-Pocoy y Paucar-Waray, en cuyo transcurso se celebra la gran maduración (de la tierra), los vestidos de flores, la cosecha y la maduración del joven maíz, hechos que hablan bien a las claras de su origen agrario, complementado por los ritos de Ayriway, que han perdurado como elementos constitutivos del complejo de la señalada (Rowe, 1947).

Estos tres meses integran un "tiempo" ceremonial que culmina en Ayriwa, cuyo tono no coincide con el "tono" de la Iglesia que empieza a prepararse para la Cuaresma, que se concretará el miércoles de ceniza después del Carnaval importado. La Iglesia persiguió todas esas idolatrías y la única posibilidad de exteriorización que quedó libre fue aprovechada en esos días de vida alocada y licenciosa que la Iglesia misma toleró en el viejo mundo y que la acompañó desde España. Así, los aborígenes abrieron completamente su receptividad a la nueva forma alóctona, en la que refugiaron su vieja concepción ceremonial. Absorbieron de tal modo la celebración y la *mise-en-scène* que no resultó fácil distinguir la festividad anterior dentro del complicado aparato del Carnaval Noroéstico. La lectura de Huamán Poma de Ayala en la sección dedicada a los meses del año, febrero, marzo y abril, nos resultó muy sugestiva en varios aspectos: el primer mes, además de su significado particular, era destinado a cumplir dos ritos de pasaje: naradiscuy y rutichicuy; el segundo con intervención de la familia real nos describe el "cantor" del Inga, con reminiscencias de copla o de baguala; "ocasiones motivo de grandes fiestas", "a las que unos o otros se invitaban sin distinción, tanto ricos como pobres" y la "gran fiesta que daba el Inca" en la que se bebía mucho, especialmente chicha del Inca. El párrafo final del mes de febrero es claro *Ambas ley es antigua de medios infieles, como tal anticristianas, ya no se debe consentir así este reyno*. Anatema expreso. Pero todavía hay algo de cada

una de aquellas celebraciones y se hace el rutichicuy. Hay un Carnaval Noroéstico con todo el mundo de rasgos europeos y/o hispánicos pero que tiene como base para su existencia y su perduración un grupo de celebraciones rituales andinas que vieron en él un medio de sobrevivir, adaptadas de nuevo como ceremonial presidido por el año litúrgico, aunque a costa de su degradación como conjunto.

El *dos de Febrero y la bajada de la Virgen de Punta Corral* constituyen fiestas vinculadas concretamente al culto católico, que aunque no se celebran especialmente en Huichairas tienen representación entre sus habitantes, no sólo como manifestación de fervor religioso sino también de oportunidad para comerciar y alternar con otras gentes. Los pobladores de Poochos van a Maimará para la Candelaria a vender queso, nos decía Don Gervasio. Doña Carmen iba a menudo a Huma-huaca para esa fecha, pero "es devota de la Virgen de Punta Corral y conoce a toda la gente de allí". La celebración de la Candelaria está institucionalizada por completo, bajo el régimen vigente de la Iglesia Católica. El caso de Punta Corral, ya lo hemos tratado en otra ocasión (Lafon, 1966).

En el mes de Junio, la festividad del *Santo local, San Juan*, da ocasión a grandes festejos. No hemos tenido oportunidad de observarla personalmente, si bien tenemos abundantes datos de informantes distintos. El Santo cristiano tiene su oratorio y sus andas. Con él se hace una procesión acompañada de disparos de antiguas armas de fuego y de bombas de es-

truendo, dentro de los patrones corrientes para esas ocasiones, pero figurarán también otros ingredientes. Para esa fiesta "salen los plumudos" y "se hacen los cuartos", dos elementos que son ajenos al ámbito cristiano. La vestimenta, evoluciones, marchas y contramarchas de las plumadas, como así también el uso de "mates" como silbatos o instrumentos musicales y arcos en miniatura, nada tiene que ver con el Bautista, aún en su versión criolla. Y "hacer los cuartos" o "la cuarteada", que también suele hacerse en fiestas de la Virgen en la Puna, tampoco. Las primeras nos trajeron a la memoria una reminiscencia del "chuncho", pero sin mujeres, por su aire más bien ajeno al paisaje y a la tradición cultural. La cuarteada, aparece en otros lugares, como en la Puna, asociada a ritos del ciclo de la Pachamana, pero su valor en esta conmemoración de San Juan se nos escapa.

La *fiesta de la Pachamama*, ubicada convencionalmente el 1° de agosto constituye otra de las festividades que aunque en otro nivel, comparte con el Carnaval su permanencia y popularidad, si bien se nota una cierta decadencia y un caminar hacia la desintegración. Dijo Don Esteban: "Para el 1° Agosto se hace una fiesta en todas las casas. Se hace chicha y se le da de comer a la tierra para que haga buenas cosechas. Se da de comer *en las casas y en medio de los rastrojos* de todo lo que la tierra produce". Dijeron las pastoras de Pocoios que para esa fecha se hace la fiesta de la Pachamama. Se entierra la tintincha: maíz, empanadas, tamales, coca, chicha, *en*

la *habitación* de Doña Carmen y se dice: "Pachamama, cusiya, cusiya". Dijo Doña Carmen: "En Agosto se da de comer a la tierra. Se hace chicha y se echa en los surcos, se prepara la tintincha. Se hacen empanadas". Recordemos que en ocasión de la señalada también se hace ofrenda a la Pachamama y también en la flechada. Claro, no falta alguno que se queja, como Don Inocencio que dice: "Ahora la gente se va olvidando de la Pachamama".

La información recogida permite reconocer claramente el carácter general de esta celebración, *pero a nivel familiar y privado*. Permite observar que se trata de "ofrendas", destinadas, por un lado, a prevenir las iras de la divina tierra, y por otro lado, a garantizar su producido y asegurar los beneficios del cultivo y también de la producción ganadera. Predomina un carácter propiciatorio. Nuestros datos y observaciones coinciden con buena parte de lo expuesto por A. M. Mariscotti (1966). También cabe aquí agregar una observación de carácter calendárico sobre la base de Valcárcel (1947). Agosto de rresponde a una "purificación general" y el 1° de Agosto, es junto con los días 18 y 20, un día "chiqui", nefasto, ominoso. Huamán Poma, en ese mes, menciona también sacrificios a ídolos y huacas, cuises, moluseos, llamas, chicha y una masa de harina de maíz muy gustada por los indios. La jerarquía de Pachamama en el elaborado panteón incaico, presidido por el sol y la luna; el culto a nivel familiar en siembra y cosecha, bastante similar al huichaireño, y el hecho de que entre los

uru-chipaya, arrinconados geográfica y culturalmente sea la divinidad mayor, nos permite suponer un origen pre incaico, adscribible a los primeros estratos constitutivos de las culturas andinas. Y no creemos transitar caminos muy apartados si no ha estado, en origen muy vinculado al culto de Pachamama el culto de los muertos de índole familiar.

El sincretismo que según algunos autores ha ido efectuándose entre el culto de la Virgen María y la Pachamama, no lo vemos con tanta claridad. Más que sincretismo puede ser una confusión a partir de la asociación Pachamana-piedra-Virgen que se da en algún lugar, olvidando que esa piedra puede ser otra huaca muy poderosa, pero sólo huaca, no la Pachamama generatriz, de rancia ascendencia andina y más todavía, de toda América nuclear. ¿No serán esas piedras verdaderos samiri a la manera de las adoradas por los uru-chipaya? (Labarre, 1947).

La última gran celebración del año es la que corresponde al *culto de los muertos*. En ese aspecto, la penetración cristiana es muy profunda, como consecuencia del particular énfasis de los religiosos para apartar a los indígenas de sus "idolatrías" y "herejías". No fue tarea fácil, largos milenios de un énfasis particular en el culto de los muertos no pueden borrar-se así porque sí. La coincidencia de celebración entre el mes Ayamarkia (procesión de los muertos) y la festividad de los fieles difuntos, contribuyó a permitir la complementación. De la vieja ofrenda de ganado, vestidos y comida y la procesión de los muertos,

ha perdurado transformado, algún conjunto reducido: chicha o alcohol ofrendado y la confección de las figurinas de masa horneadas en la víspera; por lo demás hemos tenido noticias del velatorio de ropas, lavado del difunto, etc., pero no comprobación ni observación directa. El cementerio tiene todas las características del cementerio cristiano. Su diagramación responde a los patrones corrientes y está delimitado por una pared de pirca. Hay inhumación en tierra y hay monumentos, de arquitectura simple. La puerta de entrada mira al Oeste, aunque la circulación es este oeste. Las ofrendas se cumplen en el cementerio, en la tumba de los familiares, pero no siempre se ve muy claro si las ofrendas son a los muertos como tales o a la tierra, que los ha acogido; predomina en la actualidad por mayoría abrumadora el ritual de la funebria cristiana, se lleva luto riguroso y se acostumbra el moño de crespón en la puerta de la casa de duelo reciente. Tiene esta celebración también un carácter netamente familiar y de culto privado. Es pública su exteriorización, pero no es ceremonia colectiva, rasgo con el que calificamos la celebración de la fiesta de Pachamama.

A nivel arqueológico tardío, hemos caracterizado el culto de los viejos pobladores de Humahuaca como culto de los parientes muertos y antepasados, sobre la utilización de máscaras y cráneos trofeo (Lafon, 1967), sobre el que se acentó el ideario incaico y casi inmediatamente después, el cristianismo. La vinculación de este sistema de ideas recíprocas, va indudablemente asocia-

do con la agricultura, que a su vez, reconoce como parte integrante de su cielo, el culto propiciatorio de la Pachamama, algo desdibujado ahora, pero vivo. Débiles relictos sin duda de un conjunto religioso más complicado (Mariscotti, 1966). De las otras fiestas comunes, desde las fiestas patrias a los aniversarios lugareños, no nos hemos ocupado en especial, por cuanto se plantean en el esquema vigente en la ciudad, a través del centro poblado más cercano, cuando los celebran.

La mayoría de las veces *el tiempo*, Huichairas arriba, es otro que el que transeurre por la Quebrada de Humahuaca y se infiltra hasta Puerta de Huichairas. También esta falta de adecuación "calendárica" para calificarla de algún modo, contribuye para hacer más notable el desajuste. Sólo el Carnaval es compartido "cronológicamente" y en buena parte, "ritualmente", aunque sea en el fondo de su yo interno, por más de algún ciudadano, que añora el Carnaval de su cerro. Hemos conocido a uno (C. V.) que cada año, aún a costa de su empleo en la ciudad primero, en Buenos Aires después, volvía siempre "pal año", "pa carnaval" a su pago natal. Y allá volvió también, cuando se sintió morir después de su agotamiento cuando intentó domar la gran ciudad como a sus cerros Huichaireños.

Poco "tiempo ceremonial" queda en Huichairas y pocas fiestas. Sólo se espera "el carnaval", que cada año va languideciendo un poco más.

Discurriremos a continuación sobre algunos de los elementos específicos que caracterizan a todas y/o a cada una de las celebraciones que hemos tratado en el acápite anterior, porque nos ha parecido conveniente destacar tanto el papel que juegan, como las particularidades que rodean su fabricación o su utilización o su asociación íntima con las otras y, también, su papel ceremonial.

El primero de la nómina no admite dudas al respecto: la chicha es un rasgo que está en todas las celebraciones, tanto a nivel familiar como colectivo, tanto en las fiestas de "calendario" como en aquellas que hemos considerado de base indígena. Las informaciones y la observación directa, así lo comprueban. Un análisis en profundidad, pareciera sugerir que la presencia de la chicha en las celebraciones de neto origen católico fuera una cosa no tan generalizada en cierto momento. Doña Carmen, más allá de la cincuenta, en información ya citada más arriba, dijo "para comadres ya hay chicha"; en cambio integrantes de generaciones más jóvenes manifiestan que se hace "chichita" para cualquier fiesta o celebración, tanto para Pascua, como para Carnaval, como para el día de las ánimas o el 1º de Agosto. No creemos aventurado suponer que la fabricación de la chicha ha tenido su *tiempo ritual, específico y tradicional*, que hoy sólo se reconoce en la fiesta por excelencia: no sólo en Huichairas sino en la Quebrada toda, las espesas

humaredas de los fogones donde hierve la futura chicha son un detalle incorporado definitivamente al paisaje del Noroeste en tiempos de Carnaval. Para otras fiestas se hace, si, pero no es algo universalmente aceptado ni practicado.

La técnica de su preparación, que hemos seguido atentamente más de una vez y en la que hemos participado personalmente otra, sin contar una ocasión en la que fuimos invitados especialmente por la dueña de casa a observar todos los detalles, sigue normas tan tradicionales y respetadas, que reflejan su real contenido ritual.

Una vez más es oportuno poner en evidencia la diferencia de grado visible entre Pocoios, El Cardonal y Puerta de Huichairas. Cuando asistimos, invitados por Doña Carmen, al proceso de fabricación, la tarea observada y la información complementaria conformaron una imagen de la América Andina que pudo ocurrir del mismo modo ese día, viernes de Carnaval de 1963, o seiscientos años antes. La preparación del *muco* y la mezcla con la harina de maíz, antes de "mecerlo" con una cuchara de madera o "apuñarlo" a brazo descubierto, y luego el filtraje previo a su hervor durante dos días y dos noches, hicieron retroceder el tiempo a la medida prehispánica. Sólo dos detalles nos recordaron donde y cuando estábamos observando; un par de latas de kerosene hirviendo junto a las ollas de barro y el rostro de una de nuestras colaboradoras, que apuñaba la masa junto con las pastoras, arrodillada en el suelo. En El Cardonal, se hizo la chicha de una manera menos

formal. Las viejas cosas van desapareciendo. La actitud frente a nosotros, observadores, fue otra. Don Quintino, un poco más locuaz que otras veces, recordó sus viejos tiempos y la vieja usanza y podía adivinarse el trasfondo ritual de lo que estaba haciendo. Don Federico, más vale parco, como queriendo justificar ante nosotros, y quizás ante sí mismo, que hacía algo mecánicamente, que lo hacía "porque hay que hacerlo", "porque siempre se hace", pero sin mayor preocupación por su significado. Demás está decir que al segundo día de Carnaval, se movía y actuaba como la gente de Pocoios. Y en Puerta de Huichairas, esta situación se acentuó más aún. Pero la chicha se hace. El que no tiene su maíz, lo compra, luego lo lleva a moler o compra su harina. Nuestros anfitriones en este lugar, después de largos cabildeos y circunloquios, tomaron una decisión heroica: nos pidieron dinero para poder hacer "siquiera unos virques de chichita" para tener en Carnaval.

El consumo también es ceremonial, como la ofrenda previa a la Pachamama, transferida después a las bebidas alcohólicas de distinta procedencia y calidad (vino, cerveza, yerbeados, pata de cabra, alcohol, etc.) pero no a las ya populares gaseosas que han inundado la región. El "convite" participa del mismo sello, tiene carácter de "obligo", hasta agotar el recipiente en el cual es servido, cada vez que es ofrecido. Y tuvo que tomarlo el padre Monroy cuando lo convidó Viltipoco (Lozano, 1941) del mismo modo que lo tomamos nosotros una y otra vez. Este

"obligo" ha ascendido a las clases altas a manera de brindis obligatorio (suncho) y en las élites pueblerinas a manera de "fusilamiento" como prenda o pena para quien se supone que ha violado cualquier norma o costumbre o regla transitoria, impuesta aún arbitrariamente, pero en todos los casos la meta es la "embriaguez", una embriaguez *ritual, cáltica* que no entendieron los españoles y la interpretaron como vicio y corrupción, como alcoholismo. Pero el alcoholismo es otra cosa. Tiene otro origen. Tiene otras circunstancias por todos conocidas y además, es un medio de evasión, que nos da otra pauta más de los conflictos que se evidencian en Huichairas y que afectan no sólo la salud física, sino la salud mental de sus pobladores. El rol ceremonial de la chicha ha sufrido sus altibajos desde tiempos preincaicos, pues entonces no estaba generalizada, sino especialmente en las zonas donde había maíz (Valcárcel, 1943, vol. 2). En otros lados se bebía otra chicha, hecha a base de quinoa, la *ulpara*, o sino la chicha de *molle*. Y esta última también se fabrica en Huichairas, con el agregado de fuertes cantidades de alcohol puro, que produce efecto casi inmediato en la persona no habituada.

La coca utilizada de distintas maneras y con finalidades también distintas según los casos, representa otro elemento infaltable en la vida ceremonial y en la vida diaria de algunos huichaireños. Decimos "de algunos" porque también su popularidad va mermando por razones que más adelante consideraremos. El uso de la coca reconoce en Huichairas tres modalidades diversas:

como masticatorio, como ofrenda y como medio adivinatorio.

Como masticatorio goza de una gran popularidad, aunque las generaciones más jóvenes van abandonando su uso. Un poco por la dificultad cada vez mayor para conseguirla, otro poco por la campaña más o menos intensa contra el cocaismo y, mucho más, porque las costumbres en sí han tomado ante los ojos de las otras clases o de la gente de la ciudad el valor de un signo demostrativo de clase inferior. El carrillo abultado por el acullico es sinónimo de coya, y "coya" lleva una carga peyorativa de rechazo social insoportable. Pero los huichaireños modernos y los viejos, de ambos sexos, poco caso hacen de estas cosas. Consumen hora tras hora y día tras día, acullico tras acullico. La vieja chuspa, convertida en la mayoría de los casos, en una tabaquera que llevan en su bolsillo, sirve para guardar hojas y llijeta. Consumo y preparación son tan corrientes que parece un poco absurdo insistir en su consideración, pero lo hacemos aún a riesgo de pecar por poco originales, porque creemos que no estará de más. La preparación de la llijeta que vimos cumplir a Don Quintino, a la mañana temprano, a la salida del sol, al aire libre, en medio de su rastrojo en un faldeo en el que quemó marlos secos y un yuyo cuyo nombre no pudimos averiguar de su boca, para luego con la ceniza amasar con agua un bloque de pasta para secar al sol, es la repetición exacta de la información recogida por nuestros colaboradores en Pocoicos, de boca de don Guillermo. Y la repetición también de la misma tarea en tiempos

prehispánicos cuando se usaba la madera de quinoa, especialmente para confeccionarla.

El consumo, hoy generalizado, de la coca como masticatorio en toda la América Andina no ha sido siempre igual. En los tiempos viejos estuvo sujeta a reglas y sólo era consumida por las clases altas (Kubler, 1947, p. 394). El propio origen de la planta, planta tropical, extraña al medio y al hombre, nos está hablando de una especialidad en su significación y simbolismo, y la situación actual de la necesidad de buscar una causa para esa popularidad y descenso hacia las capas más bajas. Por de pronto, sabemos concretamente que recién después de la desintegración de la estructura incaica y de la instalación de la colonia española, fue cuando se popularizó su cultivo y se facilitó su consumo, aunque poco después se intentara en vano combatir su uso por encontrarlo la jerarquía eclesiástica asociado muy de cerca con la idolatría. Pero ya era tarde (Kubler, 1947, p. 394). La masticación de la coca sirvió de estimulante y supletorio para una dieta insuficiente, alejando la sensación de hambre y de sed y haciendo menos ingrata la dura tarea y la fuerza de un clima rígido. Un alto en el camino, en el arreo, en el trabajo. Los hombres frente a frente, que parsimoniosamente extraen su chuspa, eligen minuciosamente hoja por hoja y la van introduciendo en la boca para empezar luego a ensalivarlas agregando un trozo de llijeta cortado con los dientes o cortaplumas, sin decir una sola palabra, tiene sin duda algo de rito. Lo hemos visto una y cientos de

veces. Y pese a que su consumo excesivamente exagerado trae a veces trastornos en la piel o en las mucosas, los consumidores no son esos monstruos que elabora el vulgo y los que no son vulgo. No son seres abotagados, de pupilas dilatadas y de movimientos descontrolados como los drogadictos de las películas, de la televisión o de las revistas que presumen de serias. Consumo y masticación de coca, es una cosa. Cocaismo, es otra cosa. Un acullico con buena llijeta, o con bicarbonato, como lo hace la "gente bien" a manera de gracia, no es lo mismo que una inyección de morfina o la absorción de un gramo de heroína. En cuanto al consumo de "té de coca" lo dejamos de lado porque es de farmacopea muy reciente y ciudadana.

La utilización de la coca como ofrenda es una prueba más de que su uso original no tuvo ese fin que hoy conocemos como el más corriente. En ese sentido, adquiere diverso simbolismo y se la ofrece de distinta manera. A veces, como vimos durante la señalada, la selección de hojas grandes y enteras, lleva implícita, una idea propiciatoria; otras veces, se queman las hojas todas a manera de holocausto; y otras veces, que son las más frecuentes, se ofrenda la coca después de masticada. Aquí es el *acullico todo* que se ofrenda a la Pachamama o que se abandona en la apacheta, como dejando algo de sí mismo. Y su uso como medio mántico, que documentamos en Puerta de Huirachairas, no hace sino fortalecernos en nuestra opinión.

Al igual que la chicha está presente en toda la actividad, cáltica, ceremo-

nial y de la vida diaria. Es un ejemplo clásico de desacralización de un elemento ritual y su incorporación al patrimonio general de la clase popular, que, en ciertos casos, como cuando se ofrenda o se lo usa como medio de adivinación, recupera algo de su viejo significado; pocos recuerdan esa última función. Y por casualidad, quienes la utilizan, *uno solo hemos conocido en Puerta de Huichairas y lo hemos visto en funciones*, es un verdadero shaman. Algo venido a menos, es verdad, pero tanto "arregla" quebraduras, como adivina con coca, o mediante ritos especiales cumplidos con un hacha de cortar leña, detuvo el avance del torrente que amenazaba los basamentos de su rancho. Es de obligación decir que su mujer, que por lo visto no confiaba del todo en sus poderes, hizo rezar un Rosario a uno de mis colaboradores, que fue quien me transmitió esta información (M. A. González). Los poderes, le vinieron en circunstancias especiales, por medio del rayo. Es a la vez un poco "mago", que practica lo que nosotros llamamos "magia blanca" en cuanto cura y previene los daños que causa una mujer que vive aguas arriba, con sus poderes que alcanzan para ello.

Sobre las bases que venimos de exponer descansa nuestra suposición de que la utilización de la coca en la actualidad no refleja su origen real, que sólo se puede rastrear no a través de su consumo, sino de su utilización con fines de ofrenda o de adivinación que hemos documentado en nuestros tiempos.

El tiempo ceremonial que se anexó

al Carnaval puede identificarse visualmente, como dijimos, por el humo de los fogones en los que hierve la futura chicha y también puede reconocerse por el sonido de algunos instrumentos que le son propios, especialmente *caja* y *crquencho*, que resuena por todo Huichairas y zonas vecinas. Esta mención específica tiene su razón en la relevancia particular que se observa en ellos desde los días previos al jueves de comadres hasta el entierro de Carnaval, tanto en el nivel campesino, como en las fiestas pueblerinas y en los bailes ciudadanos. No excluye el uso de otros instrumentos como quena, pincullo, anata, etc. que si bien se oyen esporádicamente, no alcanzan una relevancia semejante a aquélla. La otra razón está dada por ciertas reglas que regulan su fabricación, ciertas posibilidades conexas y la regulación de su utilización en un tiempo determinado, que están denunciando en particular condicionamiento a cierto contexto que todavía no podemos reconstruir, pero sobre cuya existencia creo no tener dudas. Este contexto de carácter ritual correspondería también a un viejo tiempo ritual del calendario andino, que, muy en general, podríamos llamar como lo hizo Vega (1946), "tiempo de verano", como un lapso que empieza aproximadamente en el mes de Noviembre y termina allá por fines de Abril o Mayo.

No repetiremos detalles de construcción perfectamente documentados por uno de nuestros colaboradores en Poicois (S. Bilbao), pero sí en ciertas creencias y exigencias con ella vinculadas, que hemos conocido a través de

la persona nombrada. "Es mejor un cuero de animales muertos en invierno, cuando están flacos, porque el cuero suena mucho mejor". El retobado del cuero y la fabricación de la caja toda debe hacerse "lejos del humo", "lejos de las casas", "donde haya agua corriente", en "quebradas donde haya salamanea, para que el instrumento suene mejor". Mientras la caja se va secando, debe tocarse continuamente, porque si se seca sin ser tocada, su sonido será "seco". Además, preparativos y confección "no deben ser vistos por las mujeres" (esto sin explicación) aunque una vez hechas son tocadas sin distinción de sexos. Todas estas reglas, recogidas en Pocoios, son por demás sugestivas con relación a los "ritos" que debieran cumplir para su fabricación. En cambio en El Cardonal, no observamos nada de eso. Vimos a Don Federico "reacondicionar" una "del año pasado" y hacer sin mayores cuidados un nuevo parche para una caja más grande que una caja personal, en el patio de su casa, entre el ir y venir de la familia, incluida su propia esposa. En Puerta de Huichairas se confeccionan, se compran, se cambian, hasta se compran aros que vienen de Valle sin mayor preocupación por lo que podríamos llamar requisitos rituales, esto, sin descartar que puedan habérsenos pasado inadvertidos. Lo que importa es que arriba, en Pocoios, rigen todavía las condiciones especiales de su fabricación.

Interesa por sobre todas las cosas su *sonido*. Fuerte, sonoro, vibrante, profundo, a veces un poco sordo, pero audible a varios kilómetros de distan-

cia, resonando por cerros y quebradas, repetido una y cien veces por el eco, pero con una personalidad tan definida que el oído avezado puede reconocer si él que toca es de Huichairas, de Juella o de Abra Pampa. No importa que toque un hombre o una mujer, no importa si está solo o acompañado, si va a pie o a caballo. No importa que la caja suene en la fiesta que sigue a la señalada, o en el jueves de comadres o después de una *simbeada* o en los días de Carnaval. Es un instrumento individual, aunque resuene en el centro del círculo que baila alrededor del coplero y aunque los integrantes del círculo tengan cada uno su caja y la toquen a la par. El sonido repetido una y otra vez, su repetición monótona durante horas y horas, el lento girar alrededor del coplero central en forma ininterrumpida, sumado a la ingestión de chicha, convite tras convite, y al convite de coca, acullico tras acullico, llega a producir un estado de éxtasis o desdoblamiento que mencionamos ya más arriba. El cajista y bebedor solitario, que recorre los caminos, a pie o a caballo, es una figura bastante común todavía.

Después de cinco días a contar de la señalada que tuvimos en casa de Don Federico sentíamos en todo el cuerpo el sonar de la caja. Su sonido se oye primero y se escucha con atención. Luego se siente ya físicamente tanto en los oídos como en el estómago y a flor de piel. Por último se incorpora ya al organismo todo, en sus niveles más profundos, a la manera de ecos "sonidos internos", del latir de venas y arterias cuando se despierta a mitad de

la noche, en profundo silencio, quita el sosiego, asusta un poco, pero es mayor su atracción. Cuando por un instante deja de sonar, sentimos que nos falta algo y súbitamente, volvemos a la realidad. Su fuerza es tan poderosa en su contexto, que aún fuera de él, actúa a la distancia. En otro tiempo, en otro lugar, en otra cultura, en nuestro gabinete de trabajo, con sólo oír una cinta grabada de aquella oportunidad, basta para padecer la misma sensación. Su función es más que musical, aunque en principio sirva para marcar el tono de cantores y danzarines. Caja, danza, canto, chicha, coca, son una manifestación colectiva de un orden distinto al vigente, que dura un cierto tiempo. El tiempo de una celebración calendárica. La caja forma parte de un elaborado ritual. No en vano en Pocoios, ya para la semana previa al carnaval las cajas se adornan con hojas de maíz y cintas de colores. En tiempos prehispánicos (Poma de Ayala, 1936, ps. 320 y 324), la caja juega un papel preponderante y siempre es una mujer la que toca. Coincidencia o no, los más activos copleros y danzarines que hemos visto en Pocoios y El Cardonal eran femeninas. Como femenina era la ronda que danzó alrededor del mojón en la señalada de Pocoios. En abierta contradicción la participación femenina con las reglas de fabricación recogidas en el mismo lugar.

No nos parece muy aventurado suponer que la caja que vemos funcionar en Huichairas y en todo el Noroeste, enclavada en el carnaval noroéstico como está, inmersa en un conglomerado de rasgos hispánicos y europeos que

han hecho olvidar su viejo origen prehispánico hasta incorporarla definitivamente, jugó su papel en la fiesta del "tiempo de verano" como hemos denominado a la época del año en la que se toca y se fabrica. Mutatis mutandis el Kultrun de la joven machi araucana, no sólo marca el tiempo de los danzarines sino que acompaña sus tareas medicinales. No tratamos ni aspiramos hacerlo, la espinosa cuestión de su origen, pero diremos con Vega (1946), que fuera de toda duda "el gran uso y la dispersión andina de las cajas criollas se explica por el antecedente de los tambores aborígenes". Que después sobrevino una inundación de tambores europeos que trajo aparejados grandes cambios técnicos y aún funcionales, no se discute tampoco. Tratamos simplemente de ver cómo y por qué han perdurado ciertos rasgos que aparentemente son discordantes respecto de los otros y cuál es su significación.

Más extraño aún a nuestros oídos ciudadanos que el sonar de la caja, es el bizarro sonido del erquencho, asociado indisolublemente al tiempo de la fiesta, tanto que "no debe tocarse fuera de él, porque trae desgracia no sólo para el que toca, sino para todos". La simpleza del instrumento, un cuerno de vacuno preferentemente, con una caña cortada que sirve de lengüeta, que soplada debidamente produce un sonido inconfundible, no ha permitido hasta ahora decir palabra definitiva sobre su origen. Antecedentes de aerófonos prehispánicos hay muchos en la zona y en toda el área andina. Pero ésto no interesa mucho a nuestros fines. Importa más su papel asociado a

la caja, en el mismo tiempo ceremonial, en la fiesta que siguió a la señalada en casa de Don Federico y en todos los otros a los que asistimos y durante los días previos al carnaval y hasta su entierro.

Caja y erquencho tocados por el mismo individuo: *el erquencho*. Cuando empieza a jugar su papel, se baila una danza especial: hay que *brincar*, tomados de la mano, hombres y mujeres, mientras suenan los instrumentos, y aguante el bailarín. De día, de noche, a media tarde, a pleno sol, a la madrugada, hay que brincar. En algunos casos, hay un personaje, una especie de *bastonero* que apura el ritmo castigando con una rama espinosa las piernas de los bailarines que no brincan con suficiente entusiasmo, u obligando a sumarse a la fila a los que no bailan. Algunos de los participantes agitan hojas o plantas de maíz. ,

En El Cardonal, después de la señalada en casa de Don Federico, amén de otros casos, hemos observado y participado en una danza a pleno sol, alrededor de las 14 horas. Brincar y brincar. Caja y erquencho. Erquencho y caja, hasta quedar casi exhaustos. Corrió un poco de harina y algo de mixtura. Y en los intervalos, chicha y yerbeado, hasta que llegó el asado de chivo y el resto de la comida. También en pleno carnaval pueblerino, en local cerrado, con orquesta y con grabaciones, aparece de improviso el erquencho y, en ese momento "en ciudadanos", hombres y mujeres, brincamos, primero en la casa, luego en la calle, dando la vuelta a la plaza, durante largo rato, hasta volver agotados al

salón. Y el que abandonaba la fila "era fusilado", según ya hemos dicho páginas atrás. Este erquencho. en ambos casos, contratado por los dueños de la casa o por la institución, servía para canalizar el verdadero carnaval que yacía en el fondo de muchos de los participantes. Caja y erquencho, se asocian también indudablemente a la borrachera ritual.

No siempre el "erquencho" toca ambos instrumentos a las vez, como acabamos de decir. Es frecuente la figura del erquencho que toca sólo su erquencho, solitario jinete por caminos de herradura, o solitario caminante de cerros y quebradas, saturado con los vapores de chicha o de otras bebidas. La gente de los ranchos se asoma a saludarlos, a convidarlos con chicha, y si pasan lejos, descuelgan el erquencho de su casa y contestan su bramido particular. El sonido tiene aquí también su participar significado. Uno, cuando suena solo en el paisaje serrano, pleno de sugerencias vacías a nuestros oídos pero inquietantes a la vez, como todo lo desconocido. Otro, cuando suena junto a la caja. Y éste es de otra índole. Varias temporadas seguidas hemos observado y participado en el Carnaval Quebradeño. La llegada del erquencho es recibida con alborozo. Representa una función con participación activa de todos los presentes es la hora de *brincar* hasta más no poder, es llegar hasta un agotamiento físico, superado a fuerza de voluntad en nuestro caso, que sumado a la chicha y el alcohol, produce otra vez ese éxtasis o desdoblamiento ya mencionado anteriormente. Más de una vez hemos hui-

do del grupo al ver llegar el erquenro, exponiéndonos al fusilamiento. Más de una vez hemos sobrellevado íntegramente toda su actuación, observando diversos grados de excitación en los participantes y aún, reconocido otra personalidad momentánea en algunos de ellos. Una de las últimas temporadas de trabajo, más de cerca, más en participantes que otras, hemos llegado a desear y temer a la vez, la llegada del erquenhero. Temer, pensando en nuestra capacidad de resistencia. Desear, porque cada vez más permitía llegar más cerca de su significado funcional.

Simbolismo y funcionalidad de la danza, reconocen muchos antecedentes, como así también el uso de los instrumentos. El erquenhero solo, individual, con su único instrumento y su deambular pareciera ser el último signo de un mundo que fue absorbido. El erquenhero con caja y erquencho, recuerda mucho al *tamborillero* español, que aparece en las fiestas de la península y en la América colonial y actúa como responsable *pago* de la música (Foster, 1960, pág. 164 y plate 9), pero la danza en sí, puede ser interpretada como un eco de dichas danzas rituales de vieja estirpe andina intensamente induida por la europeización (Rowe, 1947, p. 291) que también puso su parte, incluida quizás esa suerte de "flagelación" hecha con una rama espinosa. Sea como fuere, erquencho y caja están asociados entre sí; están asociados con chicha y coca; están asociados con la borrachera cáltica, son un medio de llegar a un estado especial de desdoblamiento que aparece como

el rasgo más extraño y más complejo del "tiempo de verano" que contribuye a la esencia misma de la celebración, que está en el núcleo mismo del carnaval noroéstico y quebradeño, que tan bien conociera Cortazar. Y están también asociados con la divinidad etónica la Pachamama, y también con el culto de los muertos que cierra un ciclo, pues el hombre vuelve a la tierra.

---

---

X

---

---

Pensamos que no ha sido en vano el énfasis particular que hemos puesto en el ceremonialismo vinculado con cada uno de los rasgos o estructuras culturales que hemos tratado, porque lo utilizamos como plataforma de lanzamiento para intentar un diagnóstico sobre el estado actual de nuestra comunidad huichaireña. Ya el lector avezado en este campo, habrá advertido que en los aspectos ceremoniales se reconocen grados distintos de conservación, de permanencia, de transformación, y también de adaptación a nuevos rasgos, que configuran un panorama bastante complicado, reflejo a su vez de un largo proceso de cambio que no ha logrado compaginar un ajuste definitivo y amenaza con la desintegración. Frente a este estado de cosas nos decidimos a profundizar un poco más, pensando que la posible diacronización de los datos acumulados podría facilitarnos una buena pista acerca de su significado real y, quizá, nos haría menos ardua la empresa de identificar las razones de perduración, más o menos transformadas según los casos, en las

que se esconde, seguramente, la explicación de su funcionalidad contemporánea.

Resulta evidente la existencia de un paquete de ritos, prácticas y creencias de vieja raigambre andina, no sólo prehispánica, sino también preincaica. En otra oportunidad nos referimos a él como *vestigios de un mundo mágico heterogéneo* (Lafon, 1968) al que se han incorporado prácticas y supersticiones europeas de larga y reciente data, como resultado de las sucesivas oleadas de españoles y europeos que fueron poblando la zona. Frente a este conjunto, ya de por sí heterogéneo, hemos identificado también un conjunto de *instituciones y/o complejos ceremoniales* que reconocen aquel mismo origen autóctono, que han sido incorporados también algunos toques de origen cristiano en muchos casos, cuya funcionalidad hemos analizado.

El estudio de estas manifestaciones, que no creemos aventurado designar como manifestaciones populares de un ideario religioso que canaliza la natural tendencia humana a codificar sus relaciones con la Divinidad nos orientó una vez más hacia el antiguo Perú. Pensamos haber descubierto un hilo conductor, a partir del análisis de un calendario andino preincaico que fija las tareas agrícolas pastoriles y todas las otras que utilizan el ciclo anual, a la manera de los calendarios conocidos en el viejo mundo. Su existencia puede comprobarse fehacientemente analizando el calendario de los tiempos incas, que no hizo más que aprovechar, unificar y canonizar con sello "real" podíamos decir, las viejas prácticas,

adjudicando un rol principal al símbolo solar y al Inca, pero sin alterarlas gran cosa. Este calendario tuvo una época muy importante, un climax entre fines de nuestro noviembre y fines de abril, que el nuevo orden no alteró. Como no logró alterar el prestigio de antiquísimas huacas que los españoles pudieron ver en pleno funcionamiento (Pachacamac, por ejemplo según lo vio Manuel de Estete).

Consecuentemente, y estrechamente ligada a este calendario, se reconoce la vieja divinidad ctónica, Pachamama, benefactora de mieses y ganado, de la casa y de las sementeras, siempre y cuando se cumpla con un complicado ritual propiciatorio, del que no falta ni siquiera el correspondiente período de días aciagos o nefastos (chiqui), como el día primero de agosto, fecha de las grandes ofrendas, preferentemente en el ámbito familiar, aunque no se excluyen totalmente las de carácter público.

Esta ligazón en el calendario nos da la pauta para asignar al "tiempo de verano", como denominó Vega, un contenido particular de neto cuño ceremonial. No es otra cosa que el tiempo previo y posterior al solsticio de verano, asociado indisolublemente con la recolección de la cosecha, con la señalada, con fiestas, con ritos de pasaje, canto, bailes, danza del maíz joven, etc. En este marco puede ir apreciándose con mayor justeza el significado de la chicha, de la coca, de la música, de la danza, de todo aquello que da la idea de "fiesta", de carácter orgiástico, de clara ascendencia prehispánica. Se trata de fiestas típicamente agrarias, propias de los pueblos andinos,

que la acción incaica no hizo sino ordenar jerárquicamente y oficializar con su nombre. Teniendo presente que la incaización de la zona de Huichairas recién empezaba a tomar cuerpo cuando llegaron los españoles, no es ilícito suponer que regía el canon ancestral.

Esta dimensión con la que apreciamos los fenómenos estudiados en Huichairas no puede extrañar, aunque parezca que "cosas tan vulgares y conocidas" no merecen la pena de ser analizadas en profundidad. Creemos que sí, en cuanto se trata de lo que podríamos llamar un caso de convergencia histórica, para ser ortodoxos y no hablar lisa y llanamente de un caso de convergencia, como puede ser interpretado, sin mayor violencia.

No estamos en ello ahora, pero convendría detenerse a analizar si esa noción del sucederse de estaciones, de épocas, en una palabra, del transcurrir del tiempo, no es algo inherente a la naturaleza humana, un poco independiente de las adquisiciones, invenciones o préstamos culturales.

A partir de la segunda mitad del siglo XVI se sobrepone a estas prácticas y celebraciones vigentes la evangelización, que a primera vista, parecería haber inundado y penetrado verticalmente la vieja estructura. En efecto, el calendario litúrgico europeo se superpone al calendario andino, por sobre la Pachamama se entronizan algunos santos, y, en ocasión, a la Virgen. Y así como los "carneros de la tierra" fueron reemplazados por cabras y ovejas, a los ritos propiciatorios con chicha y coca se incorporaron in-

vocaciones y plegarias católicas. Al mismo tiempo, el celo de los catequistas que en todo veían la presencia de Satanás y en pecado, combatió con todas sus fuerzas todo lo que tuviera algún tinte orgiástico, propio, precisamente, de la "época de verano" como hemos llamado. Como ya adelantamos, la loca semana de Carnaval, previa a la Cuaresma, importada de Europa y tolerada por la Iglesia, fue la única oportunidad para canalizar el sentido prístino de la fiesta. Así se explica que el Carnaval se haya convertido en la fiesta por excelencia como hemos citado ya con anterioridad. Toda la carga de simbolismo ritual se concentró en esos pocos días bajo un aparente desenfreno carnavalesco de sello europeo.

El sirvinaucuy "matrimonio de prueba" como llamaron los españoles, fue combatido a muerte, en aras de la única unión concebida para esa época: monogamia y fidelidad absoluta, aunque hemos visto y conocemos a quien todavía hoy, 1967, tiene dos mujeres, a ojos vista y complacencia no sólo la una de la otra, sino de la gente de su grupo, razón por la que se nos ocurre que su significado no era precisamente el que le fue asignado, una prueba, sino un tipo de unión muy particular, una manera particular de concebir la unión familiar, sujeta a las condiciones del caso, pero que podría ser definitivo.

El rutichicuy pese a la cantidad de esfuerzos por identificarlo con el bautismo, sobrevivió airosamente hasta hoy, según hemos consignado más arriba.

Los santos patronos impuestos a las comunidades, convertidos hoy en "Santos locales" con esclavo o devoto, fueron bien pronto adornados con ropajes extraños, como ocurrió con San Juan y los plumudos, para no citar sino un caso típico que incluye hasta fórmulas locales, que los individuos repiten sin saber muy claramente que es lo quieren decir sueltas.

Plegaria a la Virgen, a ciertos Santos, se incorporan al rutichicuy a la aspersión del ganado con chicha. La licencia sexual se refugió en el cerro o se canalizó y hoy apenas se la reconoce en bromas, pesadas algunas, que se refieren al sexo o al acto sexual en sí, entre empujones, juegos de manos y amagos de pelea.

La devoción mariana permitió en ciertos casos la posibilidad de adjudicar a la Madre de Dios los atributos de la Pachamama, cuando no fue convertida, una de sus advocaciones, en una poderosa "huaca" personalizada, llena de poder en Punta Corral o Copacabana en Bolivia.

La coincidencia calendárica de la celebración de las ánimas y fieles difuntos, con la época de la recordación de los muertos, facilitó una rápida reorganización y ajuste. El ritual cristiano se sobrepuso a la celebración aborigen hasta enmascarar mucho su viejo "culto de parientes muertos y antepasados", pero no alcanzó a aniquilar el carácter familiar de la celebración, ni su carácter propiciatorio, sobre la base de ofrendas y comidas fúnebres, que se vinculaban muy de cerca con el culto de la Pachamama. Chicha, coca, alcohol, son ingredientes indis-

pensables y ya hemos discurrido sobre su significado.

Pasado el primer momento de choque violento, las divinidades viejas rehicieron sus cuadros, lucharon denodadamente por sobrevivir, por adaptarse a las circunstancias nuevas. La fuerza avasalladora fue perdiendo intensidad y ya desde principios de siglo XIX, se hizo muy laxa. Eso permitió una cierta integración y ajuste que sirvió a sus fines, pero en los últimos tiempos, una nueva campaña, sobre la base de "misioneros", generalmente extranjeros y sin conocimiento a veces del idioma, planteó nuevos conflictos, que dieron lugar a un nuevo desajuste, visible en Huichairas. No ocurre allí lo que en Punta Corral.

Hay sí, sincretismos varios. Algunos complejos perduran al adquirir una nueva funcionalidad, (señalada, rutichico) o simbolismo. El Carnaval, que canalizó al comienzo una manera de hacer público el tinte orgiástico de una época especial, se convirtió en una suerte de "escapismo" para todos sus conflictos actuales. La borrachera ritual, cedió el paso al alcoholismo, también en busca de olvido o aniquilamiento. Se toma chicha y se hace chicha en cualquier época del año. Lo mismo el alcohol o el vino. El uso de la coca en ciertos casos y ritos, dio paso al cocaísmo, sustituto a falta de alimentación adecuada y fuente de fuerzas para salir adelante.

Todos estos detalles que hemos analizado, evidentemente, han dado un sello local a la religión católica, que en algún momento, pareció convertirse en una cosa nueva, expresión de un

ajuste necesario, pero después, se desahizo. En la actualidad hay un desajuste notorio en todo lo que sea religión y ceremonialismo. Y este no debe extrañarnos, por cuanto nuestro análisis previo había puesto en evidencia una cierta desintegración social y económica concomitante.

La crisis a nivel familiar, no hace sino hacer más notable la sintomatología de una enfermedad social cuyo desarrollo se refleja claramente en la diacronización del proceso religioso ceremonial. Esta enfermedad social, es resultado de un conflicto de raíces culturales consecuencia del choque entre europeo y aborígen primero, y luego del aislamiento en que vivió la zona hasta las últimas décadas; del choque con esta "cultura de conquista cristalizada" como diría Foster, con la invasión comercial, industrial y turística, que llevaron hasta allí en bloque los adelantos de la vida y sociedad urbana de nuestro tiempo; los huichaireños no estaban preparados y empezaron a aparecer nuevos conflictos y nuevos problemas que minaron la cohesión de la comunidad.

La estructura de la comunidad prácticamente no existe, puede palpase una casi total desorganización social, que se infiltra hasta la familia reducida. No existen, prácticamente, líderes comunitarios. Hay si algún individuo con cierto prestigio, pero nada más. Hasta la actividad de aquel Juez de Aguas que podría ser de antigua data, va perdiendo jerarquía y significación día a día.

Se reconocen conflictos de valores y roles sobre lo que cada uno de ellos

representa, en cada grupo o lugar (en su casa, en Tilcara, en el ingenio, en la Capital). Estos conflictos, ocasionan a su vez, conflictos emocionales y conflictos internos dentro del grupo, entre distintas personas o entre grupos, que pueden llegar a graves desajustes, como ha ocurrido en otros lugares (Págés Larraya, 1967).

Las migraciones masivas, estacionales y/o permanentes, ocasionan un drenaje de la población, tanto masculina como femenina, especialmente la primera, que traerá a breve plazo, la despoblación de la zona.

Esta situación conflictiva se ve agravada por un aislamiento ecológico paradójico, por cuanto se encuentra a la vera del camino quebradeño, y por la falta de posibilidades de mejoras económicas. Consecuentemente, la pobreza, la mala alimentación, la enfermedad ennegrecen más aún el cuadro, al que se suma el alcoholismo.

Poco a poco han ido llegando a esta especie de callejón que los lleva camino de la desintegración total, después de haber ido viendo como se extinguían poco a poco viejos rasgos culturales que les eran tan caros: la cerámica, la industria textil, la ganadería en gran escala, etc.

Tal fue el impacto del primer choque, agravado por el segundo, que hasta han aparecido "las pautas de color"; ser de cutis más claro significa "ser como ustedes", es decir, poner en evidencia la necesidad impostergable de asimilación que los desespera y que ven cada vez más difícil. Ya ni la religión da satisfacciones, ni esperanzas ni consuelo al huichaireño.

La comunidad de Huichairas está enferma de un mal de gran difusión en nuestro país, que deberá ser diagnosticado con precisión y atacado de raíz, so pena de ver como prospera y se expande. Y Huichairas está bastante grave: están empezando a faltarle las ganas de vivir. Nos hallamos frente a un grave riesgo nacional. Ni gobierno ni antropólogos podemos seguir siendo indiferentes. De nuestra acción futura dependen gran parte de las posibilidades, y consecuentes con lo que dijimos en las primeras páginas cerraremos nuestro trabajo indicando cuáles serían a nuestro juicio, algunos de los remedios para empezar a detener este mal en la zona que nos ocupa.

Un primer punto de ataque será posibilitar el desarrollo económico mediante la creación de fuentes de trabajo locales, a partir de la iniciativa de organismos e instituciones oficiales y privadas, sobre la base de un proyecto de obras públicas por parte del Gobierno Provincial. Paralelamente debería facilitarse a los agricultores la adquisición de herramientas, semillas y fertilizante para mejorar la tecnología y explotación tradicionales mediante la protección y prevención de plagas como lógico complemento. Esta tarea supone la colaboración del INTA y de las agronomías regionales y provinciales. Se entiende que también será necesario asegurar un mercado de productos agrícola-ganaderos como una protección frente a la competencia no pocas veces desleal de otras regiones productoras. Queda sobreentendido que el desarrollo económico se vincula estrechamente con el régimen de propie-

dad y posesión de la tierra tanto como con el régimen de explotación y comercialización. Un censo local de propiedades y condiciones de trabajo no muy difícil de hacer proporcionaría la información precisa. La construcción de obras de riego y aprovechamiento de agua mejorarían la producción y el estado sanitario, a la vez que permitirían la creación de fuentes de trabajo. Como consecuencia de esta serie de medidas concretas la tenencia de circulante aumentaría con lógica repercusión en el comercio de la zona, que deberá ayudarse con la mejora de las vías de comunicación, su mantenimiento y su conservación que proporcionarían nuevas fuentes de trabajo, además de permitir una mayor circulación de los productos.

El segundo punto de ataque será la actualización y replanteo de la enseñanza, básico para lograr y mantener el ansiado desarrollo, a cuyos efectos se adecuará, la enseñanza primaria a las necesidades reales de la zona. Las maestras deberían ser naturales y conocedoras de la región. El número de escuelas deberá ser aumentado y su estructura transformada de tal modo que se las convierta en escuelas de doble escolaridad o, mejor aun, en hogares escuela. Los planes y programas evitarán todo lo que deforme la individualidad y las condiciones culturales de la región, insistiendo en el conocimiento de la misma de sus problemas, de sus recursos, de sus posibilidades. La acción de la escuela con el asesoramiento antropológico deberá ser decisiva. Sin embargo, se llevará a cabo también la alfabetización de toda la comunidad,

ya sea a nivel individual o de grupo reducido como así también se insistirá en la enseñanza sobre aprovechamiento de suelos, explotación agrícola, cría de ganado, prevención de plagas, para complementar el desarrollo económico. También será necesaria una campaña de divulgación acerca de los recursos naturales y su aprovechamiento como así también acerca de la vida, pautas, costumbres e instituciones de otros lugares de la provincia y del país, con la mira de sacudir el localismo y el aislamiento. También existiría la posibilidad de reverdecer algunas o canalizar las viejas artesanías locales. La acción concreta de la escuela primaria deberá ser encarada de común acuerdo con las actividades nacionales y provinciales sobre la base de las Escuelas Piloto, de régimen especial. En cuanto a la educación e información complementaria de tipo no escolar será llevada ade-

lante con la dirección de educadores y antropólogos que utilizaran a los "líderes" de la comunidad o a miembros de cierto prestigio dispuestos a colaborar.

El tercer punto de ataque será el aspecto sanitario imprescindible para lograr cualquier intento de desarrollo. Sanidad, economía, educación, son sus pilares básicos. El estado sanitario ac-

tual puede adquirirse gracias al catastro efectuado por el Ministerio del ramo, lo mismo que los recursos materiales y humanos disponibles. Será imprescindible contar con estadísticas locales y propiciar la colaboración de voluntarios que colaboren con los educadores sanitarios y los antropólogos. Fundamentalmente en esta área de Jujuy, tiene prioridad el *saneamiento ambiental*, sobre la base de eliminación de residuos y excrementos y *saneamiento de la vivienda*, sobre la base de letrinización y suministro de agua potable. Después habrá que pensar, mediante una adecuada preparación, en cambiar y equilibrar la alimentación y educar para la salud. Prioridad de prioridades, suministro de agua potable y de agua para higiene.

Con ligeras variantes esta primera receta y procedimientos indicados, podrían iniciar el control de esta epidemia que empieza a extenderse por toda la Quebrada de Humahuaca. De nosotros depende terminar con ella antes que se propague. Más adelante será el momento de extender esta acción a otros aspectos no menos dignos de atención que la economía, la educación y la salud.

Museo Etnográfico, XII, 1968

## BIBLIOGRAFIA

- CASANOVA, EDUARDO, 1934: *Nota sobre el pucará de Huichairas* (Provincia de Jujuy). En: Congreso Internacional de Americanistas, 25° Reunión, vol. II, Buenos Aires, 1932. Buenos Aires, pp. 39 y ss.
- CORTAZAR, AUGUSTO RAÚL, 1949: *El Carnaval en el Folklore Calchaquí*. Buenos Aires, p. 287.
- FOSTER, GEORGE, 1960: *Culture and Conquest, America's Spanish heritage*. En: Viking Fund Publications, 27, New York, p. 164 y plate 9.
- KUBLER, GEORGE, 1947: *The Quechua in the Colonial World*. En: Smithsonian Institution. Bureau of American Ethnology. Bull. 143. Handbook of South American Indians. Vol. II, Washington, p. 394.
- LA BARRE, WISTON, 1947: *The Uru Chipaya*. En: Smithsonian Institution. Bureau of American Ethnology Bull. 143. Handbook of South American Indians. Vol. II, Washington, p. 583.
- LAFON, CIRO RENÉ, 1966: *Una periodización para el estudio del cambio cultural en la Quebrada de Humahuaca desde el siglo XVI en adelante*. Comunicación leída en el XXXVII Congreso Internacional de Americanistas, Mar del Plata.
- LAFON, CIRO RENÉ, 1967: *Fiesta y religión en Punta Corral*. En: Runa, vol. X, Buenos Aires, pp. 7 y ss.
- LAFON, CIRO RENÉ, 1968: *Un estudio etnográfico comparativo de la subcultura humahuacueña*. En: Runa, vol. XI, Buenos Aires, pp. 7 y ss.
- LOZANO, PEDRO, 1941: *Descripción corográfica del Gran Chaco Gualamba*. Publicaciones del Instituto de Antropología, N° 288, Tucumán, 466 p., pp. 126-127.
- MARISCOTTI, ANA MARÍA, 1966: *Algunas supervivencias del culto de la Pachamama*. En: Zeitschrift für Ethnologie. Band 91, Heft 1, Braunschweig, pp. 68 y ss.
- PAGES LARREYA, FERNANDO, 1967: *La esquizofrenia en tierra de Aymaraes y Quechuas*. Buenos Aires.
- POMA DE AYALA, HUAMÁN, 1936: *Nueva crónica y buen gobierno* (Codex peruvian illustré) Paris, pp. 320 y 324.
- VALCARCEL, LUIS E., 1943: *Historia de la cultura antigua del Perú*. Lima, vol. II, p. 127.
- VALCARCEL, LUIS E., 1947: *The andean calendar*. En: Smithsonian Institution. Bureau of American Ethnology. Bull. 143. Handbook of South American Indians. Vol. II, Washington, pp. 471.
- VEGA, CARLOS, 1946: *Los instrumentos musicales aborígenes y criollos de la Argentina*. Con un ensayo sobre las clasificaciones universales, un panorama gráfico de los instrumentos americanos. Buenos Aires (Cf. aerófonos del N. O.).

## POST-SCRIPTUM

Mientras dábamos los últimos toques al original de este manuscrito llegó a nuestra mesa de trabajo el Volumen I, N° 1 de la revista *Rehue*, fechada en Concepción, Chile, en 1968, en la que con la firma de Pablo Aznar, figura un trabajo titulado "Problemas de cambio cultural en la quebrada de Huichairas".

Mucho nos place que haya visto la luz, por cuanto es una de las monografías que citamos al comienzo de estas "Notas de Etnografía Huichaireña", que sirvió a su autor para optar al grado de Licenciado en Ciencias Antropológicas, luego de su primera experiencia prolongada en contacto con la realidad. Mucho nos place comprobar como sale a la palestra un nuevo combatiente al cual hemos provisto de sus armas y hemos enseñado su manejo; pero más nos place porque pocas veces los lectores tendrán oportunidad de leer dos monografías que se refieren a un mismo asunto. De ellos será la última palabra. Augurios al flamante colega.